

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 53

21 FEBRERO
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





PINOCHO Y LOS DEPORTES



Nuestros colaboradores.

Deportes atléticos.—El lanzamiento del disco.

Esta prueba es una de las más antiguas que existen. Formaba parte de un concurso llamado pentatlo; los atletas primitivos hicieron gala de grandes aptitudes y estilo en esta clase de lanzamientos; prueba de ello es la célebre estatua llamada el Discóbolo de Miron, que es uno de los más famosos ejemplares de la escultura griega.

El disco era un redondel de metal en forma de lenteja y agujereado en el centro. Pesaba más o menos dos kilos y se lanzaba desde un pequeño montículo llamado balbis.

La técnica de esta prueba es un poco complicada, y para llegar a lanzar bien el disco se necesita mucho entrenamiento y constancia; también influye mucho la constitución física del lanzador; el método más usual para lanzar el disco es el siguiente: El lanzador se coloca en medio del círculo, que es de dos metros cincuenta de diámetro; coge el disco con las falanges de los dedos, menos con el pulgar, que sirve de sostén; el pie izquierdo lo coloca al borde del círculo y el derecho atrás, no muy separado; las manos extendidas hacia adelante, a la altura de la cabeza; luego se separan; la derecha va atrás, el peso del cuerpo se acentúa sobre la pierna derecha; se ve que el talón izquierdo se levanta suavemente. Después, el brazo derecho se dirige hacia adelante, el pie izquierdo se afirma en el suelo, mientras que el talón derecho, como el izquierdo anteriormente, se levanta. Cuando el brazo derecho se junta con el izquierdo, se ve que las palmas de las manos se hacen frente, que los dos brazos juntos hacen un movimiento hacia la izquierda y que el cuerpo se inclina un poco hacia adelante. Luego de haber ejecutado estos movimientos de preparación o impulso, el atleta se prepara para la acción principal, o sea para la vuelta que tienen que dar antes de lanzar, vuelta que es, ni más ni menos, un paso de vals. Le hemos visto ejecutar la segunda fase del movimiento de preparación; ahora vamos a verle hacer la primera parte del movimiento giratorio.

Cuando ha terminado de llevar el brazo derecho hacia atrás, se le ve hacer una aspiración, luego el mismo brazo lo lleva hacia adelante; el peso del cuerpo le lleva sobre la pierna izquierda; la pierna derecha pasa delante de la izquierda; entonces el peso del cuerpo recae sobre la pierna derecha; cuando ha terminado de dar la vuelta, se ve que el brazo izquierdo, por lo brusco del impulso, se lanza vivamente hacia atrás, que el cuerpo se endereza y que el brazo derecho, que acaba de hacer el lanzamiento, se queda por algunos momentos suspenso, para después volver a su estado normal.

PUNLLY.

De Buenos Aires.

Entresacamos los párrafos más interesantes de la carta de mister Bull, nuestro corresponsal en el «Foot Ball-Club-Pinocho», de Buenos Aires.

Otro asunto, amabilísimo muñeco, que se ha resuelto entre nosotros es el caso de la correspondencia. Han creído más conveniente, debido a que los resultados te irán por correo certificado, nombrar a una persona imparcial para que oficie de corresponsal (¡qué tarea más simpática!), y ese pinochista, estimable muñeco, será mister Bull. Es un nombramiento que me enaltece, querido amigo.

Todo ello obligará a que los cuatro teams a participar sean amigos y vecinos de barrio.

Para que te ilustres te haremos saber que la secretaria del «Estudiantil Pinocho» queda a tres cuadras y media de la nuestra, y la de «Pinocho Yunias», a cinco cuadras. Pero no vayas a creer que por estar todos casi juntos son clubs así no más, ¡qué esperanza!

El campeonato, querido muñeco, será efectuado entre cuatro cuadros, ¡pero qué cuadros! Nosotros queríamos pocos, pero buenos. Los cuatro teams, cuyos dirigentes son una garantía como seriedad, no harán como otros clubs de regular organización, que a la mitad del campeonato abandonan sus colocaciones si éstas no son buenas. Además, son clubs que nunca se funden.

Más de una vez habrás pensado para tí: cuadros Pinochistas como en mi tierra, no los hay en parte alguna.

Los argentinos, ¡qué malos son! Si así lo has dicho, estabas, querido Pinocho, en un error colosal.

Nuestros cuadros serán potentes, terribles, poderosísimos, insuperables, ¡colosales!

Debo decirte también que el «Sportivo Chapete», en vista de no poder formar un buen cuadro, se fundió, dándonos a nosotros el club y que, con el mayor gusto, entre algunos de nuestros innumerables jugadores y algunos de ellos, lo hemos formado para que intervenga en el campeonato.

En cuanto al campeonato debo decirte que será sensacional. Tu adorado nombre se hará inmortal, y tu nombre ya es nombrado con delirio por tus amigos los argentinos.





Nosotros tenemos alrededor de 100 socios, todos chicos. Nuestro Club es sostenido por algunas personas. Lleva ya seis meses de vida, y siempre ha tenido adelantos y jugadores a montones.
Te abraza tu s. s.,

MISTER BUFF.

□ □ □

Un nuevo equipo en Madrid.

«Esperanza-Pinocho.»

Acaba de formarse un formidable equipo: «Esperanza-Pinocho», del cual esperamos éxitos innumerables. Apenas ha llegado a esta Redacción, nos manifiesta «Esperanza-Pinocho» su deseo de jugar con el ya célebre «Sporting-Pinocho».

Los pinochistas que componen el nuevo equipo son los siguientes: Miguel Bernabéu, José Fariñas, Francisco Collado, Luis Valdés, Rafael B. Guenne, Pedrosa, Pedro Hernández, Eduardo Fernández, Benedicto Castro, Francisco Palacios, José Santa y Luis Clemente.

□ □ □

En Carballo (La Coruña).

«El domingo último se jugó un partido de fútbol entre el «Espa-

ñol» y el «Uracán F. C.», empatando a un tanto, marcados por Fani-to y Lodecho.»

I. N. PLATAS.

□ □ □

En Cuenca.

«Club Arenas», 0; «Sporting Club», 0.

El jueves, día 28, en el campo de la Cultural se jugó un partido de desafío entre los equipos «Club Arenas», campeón, y «Sporting Club». Después de un partido reñidísimo quedaron empatados a 0.

En el primer tiempo se castigó al «Club Arenas» con un penalty, tirándolo Esteve. Dió en el larguero.

Del «Club Arenas», los mejores el extremo izquierda y los medios; del «Sporting», el guardameta Mariano, que hizo paradas soberbias.

La pareja de defensa, Esteve y Muñoz, bien; los medios, regulares; los extremos, centrando perfectamente; los delanteros, absolutamente desconcertados.

El árbitro, Sr. Miranzos, bien e imparcial.

CANO.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, quién enseña a los pájaros a construir sus nidos.

—He ahí una pregunta que me desconcierta. Y no, precisamente, porque no pueda contestarte, sino porque se refiere a mi especie, a las aves, y ello me emociona un poquito, amigo Chonón.

—¿Y por qué te impresiona?

—Porque me indica la profunda sabiduría de las aves, de todas los animales, con relación al hombre. Mientras éste tiene que aprenderlo todo, con enorme esfuerzo, estudiando, las aves, en cambio, se encuentran desde un principio poseedoras de todos los conocimientos que le son imprescindibles para su vida.

—¿Es posible?

—Y tan posible. Fíjate en lo siguiente: un hombre para saber leer y escribir necesita estudiar durante mucho tiempo. Un pájaro, el más pequeño e insignificante, para hacer su nido, no necesita estudiar nada.

—¿Y quién se lo enseña?

—Nadie.

—¿De veras?

—Los animales, querido Chonón, poseemos lo que se llama el instinto, merced al cual realizamos infinidad de actos, los más sabios, sin necesidad de previo aprendizaje. Ahí están los nidos. Algunos de ellos son, en verdad, extraordinarias maravillas. Pues

bien, el pájaro que los construyó no necesitó meditar mucho. Se puso a hacerlo, cuando tuvo necesidad de ello, y lo hizo *instintivamente*, ciegamente, sin saber siquiera que hacía una maravilla.

—¿Y el hombre no tiene instinto, querido buho?

—Sí; pero muy escaso.

—Entonces, ¿cómo se las arregla?

—Con su admirable inteligencia, que vale, sin duda, mucho más que el instinto. Este tiene de beneficioso que no es preciso aprender nada para hacer tal o cual cosa —las arañas, su tela; los pájaros, sus nidos—; pero la inteligencia es superior al instinto porque puede perfeccionarse indefinidamente. El pájaro vive hoy como vivió ayer, y vivirá mañana como vive hoy. Hace sus nidos de la misma manera que los hizo siempre. Es decir, no saldrá de los límites marcados por su propio instinto. No se perfeccionará en nada.

—¿Y el hombre?

—El hombre, en cambio, merced a su inteligencia, gana y se perfecciona continuamente. Hoy vive mejor que ayer, y mañana vivirá mejor que hoy. Hace siglos vivía en cavernas; ahora reposa en casas comodísimas, o en palacios. Hace tiempo tenía que utilizar sus pies para transportarse de un punto a otro. Hoy tiene «autos», trenes, aeroplanos.

—Entonces, querido buho, es preferible la inteligencia.

—Chonón, no sé qué decirte.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

La bajada era mucho más fácil de lo que al principio supusieron. La lava, precipitándose desde la abertura, se había ido amontonando, formando como un cono adosado a la pared, con sus caras onduladas en escalones, que al enfriarse quedaron en aquella extraña forma. Pero con frecuencia hallaban los pescadores pendientes muy verticales cubiertas de lava, llamadas *a cordel*, porque en realidad semejan enormes maromas arrolladas.

El doctor y Miguel seguían con profunda atención el descenso de sus amigos, temiendo verlos despeñarse de un momento a otro y caer sobre el tenebroso abismo que se extendía al final de aquella primera escarpa.

El doctor, no pudiendo reprimir su ansiedad, preguntaba de vez en cuando:

—¿Hay peligro?

—No —contestaba invariablemente Vicente.

Al llegar a una profundidad de unos treinta metros se detuvieron los dos pescadores. La luz no llegaba hasta ellos y no se atrevían a continuar la difícil bajada por temor a encontrarse de improviso en el borde de algún precipicio y caer en él.

—Es necesario que bajéis —dijo Vicente—. Aquí no se ve nada.

—Ahora vamos —contestó el doctor.

—Bajad junto a mi lado, doctor —dijo Miguel—. Un marinero tiene siempre el pie firme y nunca pierde el equilibrio.

Salieron de la abertura y comenzaron el descenso, saltando una tras otra aquellas ondas de lava solidificada.

Los dos pescadores se habían detenido junto a una estrecha garganta, probablemente formada de lava, que descendía con una pendiente muy rápida entre dos altos murallones de mármol blanco.

Vicente iba a meterse en él, cuando al mirar en derredor de sí y fijar sus ojos en el lago descubrió, a una distancia de trescientos metros, un resplandor muy vivo que ya le era conocido.

—¡Los hongos! —exclamó con voz alegre.

—¿Se ven ya? —preguntó el doctor.

—Yo también los veo —dijo Miguel.

—Entonces estamos muy próximos a la canoa.

—En cinco minutos estaremos allí, doctor.

—¿Y el punto luminoso?

—Ha desaparecido, señor —contestó Roberto, que había saltado sobre una roca.

—¡Así se haya ahogado! —exclamó Vicente.

—Acaso se haya detenido en alguna bahía defendida por alguna escollera.

—O habrán llegado a la desembocadura del túnel.

—No importa; ya les alcanzaremos.

—Debíamos ponernos a bogar como los galeotes de la República veneciana —dijo Miguel.

—¡Adelante, bajemos!

Se metieron en la estrecha garganta, y apoyándose unos en otros llegaron en cinco minutos al lugar donde estaban los hongos luminosos. La canoa debía estar a pocos pasos. Se lanzaron corriendo hacia la pequeña bahía, y poco después encontraron el barco, aún amarrado al escollo.

—¡Por fin! ¡Gracias a Dios! —dijo Vicente, entrando en la ca-

noa—. Ya creía que no iba a volverla a ver más. ¡Ay, doctor, bien podemos decir que hemos sido afortunados!

—Déjate de fortunas y enciende un poco de fuego, pues te advierto que me muero de hambre.

—¡Eh, cocineros! ¡A trabajar!...

—¡En seguida, patrón! —contestaron Roberto y Miguel.

—Lleaos también una buena botella —dijo el doctor—, que bien nos la hemos ganado.

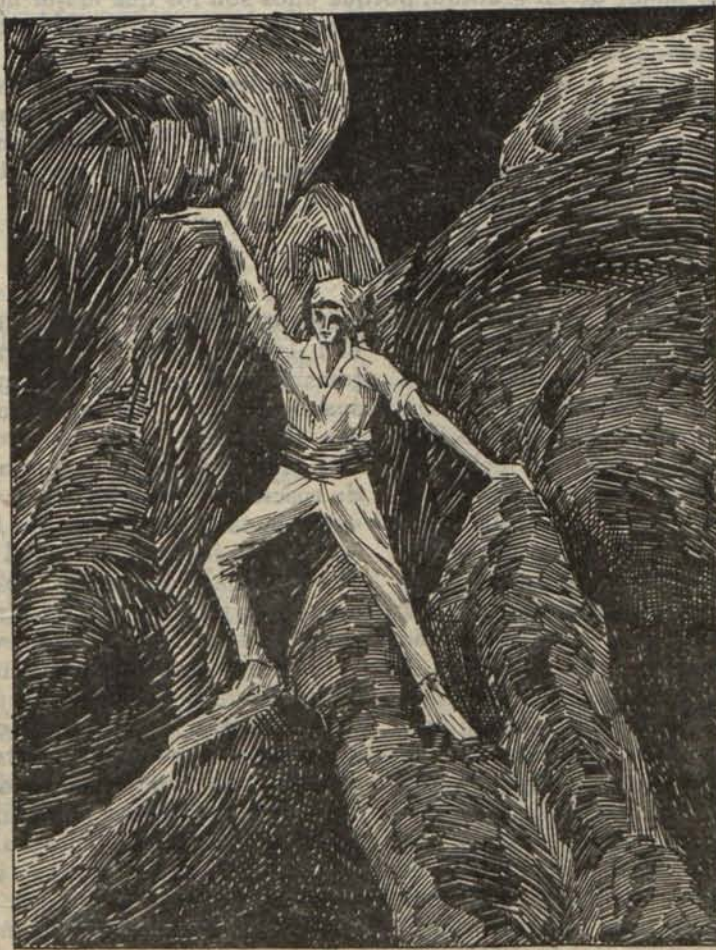
—Voy yo también allá —dijo el patrón—. ¡Vaya un banquete que nos vamos a dar para festejar nuestro regreso!

—¡Oh!...

—¿Qué hay de nuevo, Roberto?

—¡Otra vez el fanal!

—Que se vaya al diablo el fanal! Ahora no nos podemos ocupar de él; ¡a preparar las cacerolas!



CAPÍTULO XII

LOS FUORES DEL VOLCÁN

Una hora después, el doctor y los tres pescadores, sentados cómodamente en la finísima arena de la pequeña bahía, comían con un apetito formidable los manjares confeccionados por el arte culinario del patrón Vicente.

En realidad, la variedad de los platos no era mucha; pero aquellos bravos lobos de mar supieron hacer verdaderos milagros con los viveres que tenían a bordo de la barca, y el doctor hizo honor a la sopa de guisantes, al bacalao frito con cebolletas, al perrito con habas al atún en aceite y al queso salado.

Tampoco faltó el dulce en los postres, consistente en cierta fritada que preparó Vicente, quizá de su propia invención, pero que, bueno o malo, fué consumido todo por la alegre compañía, rociándolo con una buena botella de Valpolicella añejo.

Cuando terminaron aquella comida, casi digna de Lúculo según los pescadores, y encendidas sus pipas en tanto que hacían el café, oyeron a lo lejos una detonación tan formidable que hizo temblar el terreno en que se hallaban sentados.

Las aguas del lago, sacudidas bruscamente, se levantaron en

grandes oleadas que le recorrían a lo ancho e iban a romperse con gran estruendo sobre los escollos que defendían la pequeña bahía.

El doctor y los tres pescadores se levantaron precipitadamente, temiendo por la canoa. Afortunadamente, ésta, como estaba resguardada por dos grandes escolleras, no sufrió desperfecto alguno y únicamente se corrió hacia playa arenosa y retrocedió todo lo que le consentían las amarras.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Vicente al doctor—. ¿Habrá estallado el volcán?

—Ha sido un temblor de tierra —respondió el señor Bandi.

—¿Se vendrá también abajo esta caverna?

—¡Oh! Lo mismo que han podido resistir las bóvedas esta enorme sacudida, creo que resistirán a las que vengan.

—¿Se repetirán?

—Probablemente, sí; pero de ordinario siempre la primera sacudida es la más peligrosa.

—Me parece que aún tiembla el terreno —dijo Miguel.

(Continuará en el número próximo.)

NUEVO GRAN SORTEO DE REGALOS

PRIMER PREMIO UN "AUTO" CITROEN

Este preciosísimo *auto* es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroen, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este *auto*. Además, tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



2.º premio. Un cinematógrafo completo Pathé Baby, con infinidad de películas y un precioso estuche.

3.º premio. Una caja de soldados, que es una verdadera maravilla.

4.º premio. Una máquina fotográfica.

5.º premio. Una espléndida casa de muñecas.

6.º premio. Un magnífico triciclo niquelado y con aros de goma.

7.º premio. Un precioso tocador para niña.

8.º premio. Una estupenda y artística muñeca.

9.º premio. Una locomotora mecánica.

10.º al 50.º premio. Un lote de libros de Calleja.

Todos los lectores de mi revista PINOCHO son Pinochistas, y a todos los quiero con todo mi corazón de madera, más ardiente y esforzado que muchos corazones de verdad. Pero hay unos Pinochistas especiales, unos Pinochistas para quienes es lo mejor de mi gratitud, porque ellos son los que mejor me demuestran su constancia y cariño y los que más me ayudan a poder publicar mi revista: esos son los **Pinochistas suscritores**.

Hasta ahora todos mis sorteos de regalos han sido también para los Pinochistas lectores; pero ya es hora de que yo dé un testimonio público y solemne de mi agradecimiento a mis fieles suscritores, a quienes tanto debo. Y por eso he organizado este magno sorteo de regalos dedicado a aquellos suscritores que, *renovando ahora su suscripción*, me acrediten la lealtad y firmeza de su pinochismo. **También entrarán en sorteo los Pinochistas que no habiendo sido suscritores hasta ahora, se suscriban antes de fin de Marzo**, enviando veinte pesetas a la Administración de PINOCHO directamente.

CONDICIONES DEL SORTEO

1.º Los números que entrarán en sorteo serán los números que llevan los recibos de suscripción por un año (expedidos por la Administración de PINOCHO). Pero **no** los números de todos los recibos de suscripción, sino precisamente los números de los recibos de suscripción **por un año, cuya fecha** (la fecha que tenga el recibo) **esté comprendida entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1926**. Es decir, que si el primer recibo extendido el 1 de enero de 1926 tiene, por ejemplo, el número 3.000, y el último recibo extendido el 30 de marzo de 1926 es, por ejemplo, el número 10.000, entrarán en sorteo siete mil números, que empezarán en el número 3.000 y acabarán en el número 10.000.

2.º Los Pinochistas cuyas suscripciones terminen **después** del 30 de marzo de 1926 pueden tomar parte en el sorteo *renovando su suscripción antes de terminarse*, con lo cual no sufrirán perjuicio alguno, porque la nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no empezará a contarse hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción antigua termina en *junio de 1926* y el Pinochista la renueva en *marzo de 1926*, pues la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta *junio de 1927*, y la nueva se servirá hasta *junio de 1927*.

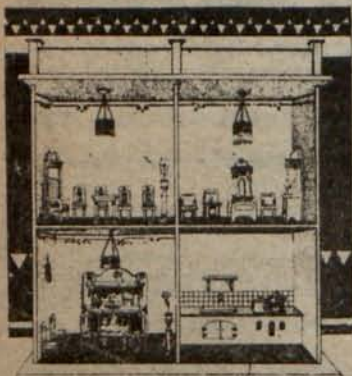
3.º Sólo entrarán en sorteo los recibos de suscri-

ción **por un año**, cuya fecha esté comprendida entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1926. Por tanto, no tomará parte en el sorteo quien no haya pagado una suscripción **por un año** en uno de esos tres meses. (En enero, o en febrero, o en marzo de 1926.) Por tanto, también, no entrarán en sorteo los recibos de suscripción *que sean de semestre o de trimestre*, ni entrarán tampoco en sorteo los recibos de suscripción que tengan fecha de antes del 1 de enero o de después del 30 de marzo de 1926. Tampoco hay más números para el sorteo que los de los recibos de suscripción. Por tanto, *nadie debe pedir números*.

El que abone una suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926 recibirá su recibo de suscripción, y **el número de su recibo de suscripción será su número para el sorteo**. El que no abone una suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926 **no podrá, de ninguna manera, tomar parte en este sorteo de regalos** y, por tanto, es inútil que pida su número como no sea enviando las veinte pesetas que importa la suscripción por un año, *en cuyo caso recibirá su número sin necesidad de pedirlo*.

Suponiendo que os habéis enterado bien, os abraza a todos vuestro amigo invariable,

PINOCHO



Una casa de muñecas como esta.



Un tocador de verdad como este.



Un triciclo como este.



Una preciosa muñeca como esta.



EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Es preciso, al menos, que yo intente saber quién es el hombre que va a ser mi yerno; no vaya a suceder que por desbarazarme de él... Vamos, hay que arriesgarse...» Y avanzaba hacia la puerta de la sala, y otra vez volvía sobre sus talones, temerosa de que un mal paso le pudiera traer alguna consecuencia desagradable; apenas había dejado entrever su cara, un terror inexplicable la dominaba y la quitaba las fuerzas para asomarse del todo.

El cadí observó esta cabeza, yendo y viniendo, que asomaba y desaparecía, y ordenó a uno de sus oficiales que averiguase quién era la persona que se presentaba de tan extraña forma; a los pocos instantes conducían a la vieja a su presencia.

—¿Qué quieres, buena mujer? —le preguntó el cadí.

—¡Señor! —contestó ella acobardada—. Hay en mi casa un mozo que te manda que vayas a buscarlo.

—¿Qué es lo que estás diciendo, vieja insolente? —replicó el cadí malhumorado—. ¿Que un hombre me manda que vaya a buscarlo?

Y volviéndose hacia sus oficiales, ordenó terminantemente:

—¡Que carguen de cadenas a esta perturbada, que la lleven al hospital de locos!

—¡Misericordia! —exclamó la vieja al oír tal orden—. ¡Ah! ¡Maldito sea el ladrón que me ha enviado aquí para perderme! ¿No le decía yo que no tenía talla suficiente para mandar al cadí que fuera a buscarlo?... No me culpes a mí, señor —decía al juez—; yo tengo en mi casa un ladrón, un bandido, un bigardo, que me ha obligado a dar este paso. Yo venía de mala gana; pero al fin, yo no soy más que una pobre mujer, sola. Este malvado se ha hecho el amo de mi casa; quiere a todo trance casarse con mi hija. Dice que tú, señor, le conoces, que se llama *Albunducani* (1).

Apenas el cadí oyó este nombre, gritó:

—Que me traigan mi *farachía* (2); que se deje en libertad a esta mujer.

Y dirigiéndose a la vieja, le preguntó en tono muy amable:

—¿Y dices, buena mujer, que el joven que te ha enviado aquí se llama?

—¡Señor! —contestó la vieja—. Te ruego que no me hagas repetir su nombre: me pone la carne de gallina. Seguramente es el de un capitán de ladrones...; pero ya que mandas que lo diga otra vez, se llama *Albunducani*.

Oyendo este nombre, el cadí reconoció que era el Califa en persona. Y vistiéndose con su *farachía*, dijo a la vieja:

—Te ruego que me excuses por la equivocación que he sufrido y por la brusquedad con que te he hablado sin conocerte.

Los presentes se admiraron al ver al juez cambiar en un instante de tono y de procedimientos, y esto sólo por oír el nombre de un individuo que se llamaba *Albunducani*.

—¿Dónde vas, señor, con tanta prisa? —le preguntaron.

—Tengo que hacer cosas —respondió con sequedad— de las que no puedo dar cuenta a nadie.

Y luego, dirigiéndose a la vieja con mucho cumplimiento, le dijo:

—¿Es en tu casa donde me esperan, señora?

—Sí, señor juez.

—Haz el favor de conducirme allí.

Se puede juzgar con cuan distinto estado de ánimo volvía la vieja a su casa, delante del juez, de como había venido. Al salir tenía serios temores; el encargo que iba a desempeñar le parecía bastante escabroso, y lo era en efecto, hasta suficiente para hacerla ir a dar con sus huesos en el hospital de los locos. Al presente, por el contrario, se veía tratada con respeto, nombrada señora. «En verdad

—se decía para sus adentros— que mi futuro yerno lleva un nombre de gran respeto para el cadí, o acaso el temor se haya apoderado de este juez al oír el nombre de este terrible capitán de bandoleros hasta el extremo de volverlo loco, pues se viene a mi casa sin babuchas. ¡Qué cambio! Ya no soy yo la que es preciso llevar al hospital, es él, quien, oyendo un nombre que a mí me parece lo mismo que otro cualquiera, empieza a correr en traje de ceremonia, con los pies descalzos, sin saber casi lo que dice. Mucho debe de temer el juez a los ladrones, y mi yerno le debe sin duda causar mayor respeto que ningún otro, acaso por haberle hecho alguna mala pasada».

En tales pensamientos iba ocupada la vieja, hasta que llegaron a su casa. El cadí entró tras ella y reconoció al momento al Príncipe de los Creyentes. Su primer movimiento fué para prosternarse a sus pies; pero el Califa le hizo una seña, dispensándosele e indicándole que el Soberrano deseaba permanecer incógnito. Entonces, después del saludo ordinario, el juez se sentó al lado de *Albunducani*, quien le dijo:

—Señor, yo deseo tomar por esposa a la hija de esta buena mujer.

La madre y la hija comparecieron entonces, y el cadí les preguntó si aceptaban la proposición que les hacía *Albunducani*. Habiendo respondido que sí, y estando todos conformes en la cantidad de ocho mil dinares como dote, el Califa ordenó al juez que extendiera el contrato matrimonial.

Grande fué el embarazo del cadí para obedecer al Comendador de los Creyentes. El no se había fijado en la orden que se le diera de llevar papel; no le quedó otro recurso que escribir el documento en los faldones de su *farachía*. Después de haber escrito las primeras líneas, que son formularias, preguntó a la vieja:

—Señora, es preciso que digas los nombres del padre y del abuelo de tu hija.

—Si ellos dos viviesen —contestó entristecida la vieja—, no me vería yo reducida a entregarla a un hombre de quien no me atrevería a decir lo que pienso.

—Enhorabuena, señora —replicó el cadí—; pero ellos no viven y sus nombres son necesarios aquí.

—Mi hija se llama *Racunia* y yo *Omaljair* —respondió la vieja—; lo demás no podrían pronunciarlo mis labios. No hace falta ser hija de tan buen linaje para casarse con un ladrón.

Puede pensarse fácilmente cómo se reía en su interior el Califa del embarazo del pobre cadí, de la pena de la buena madre, de los incidentes todos de la escena que le procuraba su extraño disfraz.

El contrato quedó al fin redactado. El juez cortó con gravedad el trozo de su vestido, sobre el cual estaba escrito, y lo entregó al joven; pero, dándole vergüenza salir a la calle con un vestido tan destrozado, se lo quitó y se lo regaló a la vieja, suplicándola que lo diera de limosna a los pobres. Y como sus servicios ya no eran necesarios, saludó y retiróse.

—Buena se la debes haber hecho alguna vez al cadí —dijo la vieja a su yerno—. Se ve que eres un capitán de ladrones que sabes hacerte temer. Este pobre hombre ha venido aquí corriendo, sin esperarse siquiera a ponerse las babuchas; se ha vuelto medio desnudo, dejándose aquí su *farachía*, y, por encima de todo, se va sin haber cobrado. Tú no le has dado nada por su contrato, y ahí lo tienes, después de haberte servido, sin dinero y sin traje de ceremonia. ¿Sois tan avaros los ladrones?

—¡Oh, madre mía! —contestó el Califa, riendo—. ¿Qué te importa a ti el vestido y el sueldo del cadí? No te ocupes de estas cosas; hay otras más esenciales para ti y para mí que deben ser objeto de nuestra atención. Yo salgo, para traer la dote convenida y las telas suficientes para el vestido de la novia; ya verás que no soy avaro sino cuando me conviene.

—¿Y quién es el infortunado, cuya bolsa y almacenes

(1) Cuando el Califa salía disfrazado tomaba un nombre de guerra conocido de todos sus oficiales principales.

(2) Traje de ceremonia de los cadíes. Vestido amplio, ordinariamente de paño, con mangas anchas y largas que sobrepasan algo las extremidades de los dedos y que no están abiertas.

van a abastecer a tus liberalidades? Bien maravillado se quedará mañana al verse despojado y sin saber por quién, pues pienso que, en una ciudad como ésta, todos los golpes los darás a la chita callando.

* * *

Harún, sin contestar a esta pregunta, volvió a su palacio, y vestido con traje conveniente a su dignidad, mandó venir a su arquitecto, le indicó la casa que quería decorar y le ordenó que tomara todos los obreros que fueran necesarios para transformarla al momento, de modo que, en la manera que fuera capaz de arreglarse, pudiera ponerse en comparación con el departamento más suntuoso de su propio palacio.

—El gran visir —le dijo—hará que te provean de todo lo que necesites para llevar a cabo este trabajo. Pero es indispensable que todo esté listo antes de ponerse el sol. Asegúrate de todos los medios, y ten entendido que tu cabeza me responde de tu fidelidad en cumplir mis órdenes. Si la mujer a cuya casa vas te pregunta de parte de quién trabajas en su casa, le dirás que de parte de su yerno; si ella te insta para saber cuál es la profesión de su hijo político y para conocer su nombre, tú le contestarás: «No sabemos qué oficio tiene; sólo podemos decirte que se llama *Albunducaní*». Que no sepa nada de mi rango, sea ante quien sea; escoge bien tus obreros, y ya sabes que con tu vida me respondes de tu discreción y de la de ellos.

—Oír es obedecer —dijo por única contestación el arquitecto.

Y reunió cuantas cosas necesitaba. En un momento, la casa de la vieja Omaljair se llenó de obreros, de muebles, de tapices, de telas; con las escalas puestas a las paredes se empezó a trabajar por todas partes.

—¿Quién os envía aquí? —preguntó a los obreros Omaljair. ¿Qué venís a hacer en mi casa?

—Venimos —le respondieron—a embellecer tu morada, a colocar esta marquetería de maderas de sándalo, a poner estos mármoles, estos muebles, estos cortinajes, por orden del marido que has dado a tu hija.

—Pero ¿cómo lo llamais? ¿Cuál es su profesión? ¿Qué clase de persona es?

—No sabemos qué es; sólo podemos decirte que se llama *Albunducaní*.

—Yo bien sabía —dijo para sí la vieja—que un capitán de bandoleros se hacía temer de toda la campiña; pero me parece que este terror ha ganado también la ciudad. Ni uno solo de esta gente se atreve a decir que un ladrón es... un ladrón; en verdad que es extraordinario.

Mientras que ella se hacía tales reflexiones llegó un hombre, a quien seguían dos mozos de cordel que depositaron al fondo de una habitación un cofre de acero con incrustaciones de oro.

—¿Qué traéis aquí? —preguntó la vieja.

—Esto es —respondió el hombre—la dote de la nueva esposa. En el cofre encontraréis ocho mil dinares, y dos mil más para vuestros gastos; aquí tenéis la llave.

—Enhorabuena —respondió Omaljair—; mi yerno, a pesar de su facha, es hombre de palabra. Pero... ¿de dónde ha sacado él todo esto? ¿Quién es? ¿Qué hace?

—Yo no sé —contestó el mensajero—ni quién es ni qué hace; tú debes de conocer mejor que yo al marido de tu hija; yo no sé de él otra cosa sino que se llama *Albunducaní*.

En este tiempo los obreros habían dado la última mano a su obra, y la noche estaba todavía muy lejana. Aquel aposento, formado por dos piezas grandes, destartadas, que casi no tenían mobiliario alguno, quedó convertido en un departamento verdaderamente regio. Omaljair miraba pieza por pieza todos los objetos gracias a los cuales se había operado este cambio, y no pudo contenerse, a pesar del poco éxito de sus primeras tentativas, de ir preguntando a los obreros, uno tras otro: «Vosotros sabéis de seguro quién es mi yerno. ¿Qué hace?» Y de todos recibía la misma desesperante respuesta: «Nosotros sólo sabemos que se llama *Albunducaní*».

La vieja se quedó por fin sola en la casa con su hija.

—Tu esposo —le dijo—debe de ser un hombre muy extraordinario; ha hecho en un día lo que otro hubiera intentado vanamente concluir en un año. No hay más personas que el Califa o un capitán de bandoleros que puedan tener tanta gente a sus órdenes. Obedeciendo a tu marido, todas estas gentes no se atreven a confesar lo que es; claro, se enrojecerían de vergüenza, por él y por ellos mismos; además, ellos le tienen un gran temor. Me he acercado al más joven de todos, creyendo sacar de él mejor partido, y sólo me ha dicho: «Si cualquiera de nosotros tuviese la imprudencia de revelar la cualidad de vuestro hijo político le costaría la vida.» Dime tú, hija mía, si no te has desposado con un jefe de bandidos, y mira el terror que esto ins-

pira a todo el mundo. ¡Dios y su Profeta vengan en nuestra ayuda!

El arquitecto fué a dar cuenta al Califa de haber sido ejecutadas las órdenes del soberano; en el momento recibió la recompensa para él y para todos los que habían trabajado; pero la habitación aún no tenía más que sus muebles esenciales. Harún ordenó a Cháfar que enviara allá todos los adornos suntuosos prodigados en las habitaciones de los reyes para aumentar su magnificencia, más todavía que su comodidad. Omaljair vió llegar este colmo de lujo y trató otra vez de averiguar la condición de aquel que mandaba tales riquezas. «Nosotros sólo sabemos —le dijeron los portadores, a la vez que las colocaban en su sitio—que ellas son enviadas por el marido de tu hija, que se llama *Albunducaní*: de él hemos recibido la orden.»

Apenas se habían retirado aquellos portadores, otros llamaban a la puerta. La vieja les abrió y vió que venían cargados de fardos de telas magníficas de todas clases; las abrieron y las extendieron a su vista.

—¿Para qué despleáis esto? —preguntó Omaljair.

—Para que veas estas telas, señora.

—Me las enseñáis en balde —dijo ella—, porque estas telas no sirven para nosotras; no somos bastante ricas.

—¿No es ésta la casa que se ha arreglado hoy? —preguntaron los portadores.

—Sí, ésta es —contestó la vieja.

—Entonces, todo esto es para ti; el que ha entrado en vuestra familia os las envía. Arregla tu casa, viste a la novia y a todos tus parientes; tu yerno tiene de todo en abundancia; no escatimes nada. Traemos el encargo de decirte que esta noche, a las once, vendrá él a tu casa.

Y dicho esto, se retiraron.

—¿Qué vendrá a las once! —repitió la vieja—. Los ladrones sólo merodean por la noche, cuando todo el mundo duerme.

Después de esta corta reflexión, viendo que todavía quedaban muchas cosas por arreglar, solicitó la ayuda de algunas vecinas. La admiración de éstas no tuvo límites al ver la casa transformada en un día, de una especie de chirimita, en un palacio soberbio. Era natural que sintiesen curiosidad por saber cómo se había podido hacer aquello, que parecía tener algo de encantamiento, de ilusión, de sueño...

—Pues se ha hecho naturalmente —decía Omaljair. Esta mañana vino un hombre a pedirme la mano de mi hija; ha hecho venir al cadí, se ha extendido el contrato, y un momento después, por órdenes de mi yerno, todos los obreros de Bagdad han venido a arreglar y ordenar aquí las magnificencias que estáis viendo.

—En este caso —replicaron las vecinas—, has dado tu hija a un príncipe o al comerciante más rico del país.

—Eso era menester —contestó tristemente la vieja—; pero temo, por lo poco que he visto, que el marido de mi hija es un ladrón, y a causa del terror que inspira a todos los que han venido por su orden, no puedo creer que sea otra cosa que un capitán de bandoleros.

Ante tal declaración, las vecinas quedaron aterroradas.

—Por lo menos —le dijeron—, recuerda a tu hijo político que siempre ha sido corriente entre los de su igual perdonar a las gentes de su vecindad.

—No temáis nada —exclamó la vieja—; seguramente mi yerno es un ladrón; pero no le creo capaz de hacer daño a sus vecinos. Yo le comprometeré a tratarlos con atención; tranquilizaos, os doy palabra.

Ante tales seguridades las vecinas se confiaron, y terminaron de arreglar la casa y se pusieron a vestir a la novia. El trabajo interior de la casa fué interrumpido por una llamada a la puerta; era que traían los manjares que podían componer la comida más delicada y más suculenta; seguía otro servicio compuesto de las frutas más exquisitas, los refrescos más finos. La vajilla era de oro y de porcelana.

—Toma esto, señora —dijeron los portadores a la vieja—, y regálale con tus vecinas.

—¿Venís de parte de mi yerno? —les dijo Omaljair—. Pues una vez por todas, ¡por favor, por caridad!, decidme quién es, cuáles son sus cualidades.

—Nosotros —le contestaron—sabemos poco más que tú. Todo lo que podemos decirte es su nombre.

—¡Ah! Eso lo sé mejor que vosotros —replicó vivamente la vieja—. No tengo necesidad de que me lo repitan tantas veces.

Los portadores de la comida se retiraron y las vecinas de Omaljair se miraron las unas a las otras y comenzaron a creer seriamente que el recién casado era un capitán de ladrones. Se pusieron a comer, decididas a sacar el mejor partido posible de la aventura, cenando con excelente apetito. Concluido el banquete, se despidieron de la madre y de la hija, felicitándolas por el cambio de su fortuna y deseándolas toda clase de prosperidades.

(Continuará en el número próximo.)

EL OGRO INMORTAL

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Le pusieron de nombre Feliz, pero no había llegado a conocer la felicidad, pues a la fecha que os lo presento había perdido a sus padres y había pasado grandes miserias. Tenía ya veinte años.

Un día, aburrido al ver que no podía encontrar un trabajo lucrativo, pensó dejar su pueblo, y habiendo oído decir a su vieja patrona que «Al que se muda, Dios le ayuda», le entró más gana de aventurarse por esos mundos. Y así lo hizo.

Ya llevaba muchas horas de camino cuando, a la vuelta de un recodo, quedó mudo de espanto. A su vista se presentaba un cuadro que inspiraba miedo: un buey muerto yacía en medio del camino; un tigre, un lagarto, un águila y una hormiga discutían acaloradamente la división de la res.

—¡Aquí viene un hombre! —gritó la hormiga.

—¿No será un mono? —preguntó el águila.

—No —dijo la hormiga—; es un hombre.

—¿Y para qué sirve? —gruñó el tigre—. ¿Para comer?

—Sí; sirve para comer; ya los he probado yo —arguyó el lagarto—. Pero ahora debemos dejarle en paz. Aquí tenemos el buey.

Feliz temblaba como si tuviese mucho frío y no se atrevía a moverse.

—Oigan, señores —dijo la hormiga—; allá, en las ciudades, los hombres arreglan sus asuntos y entienden mejor que nosotros estas cosas; ¿por qué no hacemos que este hombre divida la res?, pues así, como queremos nosotros, se perderá.

—Oye, hombre —gritó el tigre—, ven; divide este buey. Nosotros nos conformamos con tu arreglo.

—¿No me haréis daño? —gimió Feliz.

—Nada de eso; te damos nuestra palabra de no hacerte mal.

Sacó Feliz su cuchillo y descuartizó el animal. Los animales le observaban silenciosamente.

—A usted, señor tigre, le daremos los cuartos traseros, porque tiene buenos dientes. Usted, señora águila, tomará las entrañas, que son fáciles de dividir con su duro pico. A usted, señor lagarto, le daremos las costillas y cuartos delanteros, pues usted tiene magníficos dientes para chascar huesos. Y a la señora hormiguita le adjudico la cabeza para que coma y le sirva de vivienda. ¿Están ustedes contentos?

—Perfectamente; y como yo cace el buey te regalo a ti, por tu equidad, un lomo para tu almuerzo —dijo el tigre.

Feliz dió las gracias y encendió fuego para asar su parte. Luego, los cinco, en buena armonía, almorzaron. Feliz, muy contento, se despidió de sus nuevos amigos, diciéndoles que iba por el mundo a buscar suerte.

—Ya que vas al azar, te haré un regalo: toma este pelo de mi bigote, y cuando digas «Quiero ser tigre», te verás convertido en uno valiente y feroz —agregó el tigre.

—Pues yo —dijo el lagarto— te doy un diente, y cuando quieras ser lagarto dí: «Soy lagarto», y lo serás.

—Te obsequio con una pluma de mis alas —dijo el águila—, y cuando desees ser águila no tienes más que decir: «Plumita, haz tu deber», y serás águila.

—Yo, a pesar de que me hará falta, te daré una patita —dijo la hormiga—. Tómala —dijo arrancándosela—; cuando quieras ser hormiga dirás: «Patita, quiero ser hormiga».

Muy agradecido Feliz, guardó los talismanes y se fue. Llegó a la orilla de un precipicio; allí terminaba el camino. En el fondo se divisaba un hermosísimo valle lleno de flores y arboleda; un hermoso río discurría por el centro de aquel vergel. En medio de aquella verdura se destacaba un gran castillo-palacio, todo él de azabache, que relumbraba a la luz del sol como un diamante.

—Yo quisiera bajar; pero ¿cómo? —se dijo Feliz—. Si me hago tigre, me derrumbo; si lagarto, más pronto caigo; águila, sí; pero no, me verían de allí. Es necesario ser prudente. ¡Loco de mí! ¡Pues hormiga!... ¡Sí, hormiga!... ¡Patita, quiero ser hormiga! —dijo.

En seguida quedó convertido en un hormigón colorado. Empezó a bajar por aquellos vericuetos y pronto estuvo en el valle.

—Y ahora ¿cómo me vuelvo hombre? No me gustaría ser siempre hormiga; ¿qué hago? ¡Yo quiero ser hombre! —gritó.

En el acto tomó su primitiva forma. La curiosidad le llevó al palacio. Pronto se encontró ante una hermosa escalinata de mármol negro, en cuya parte superior se

abía una ancha puerta. Feliz la tocó repetidas veces, y a poco se oyó decir: «Adelante».

El confiado mancebo entró; pero apenas traspasó el umbral, la puerta se cerró con gran ruido. Algo sorprendido con aquello, siguió adelante; pronto estuvo al frente de un monstruo que le miraba sonriendo.

Un enorme gigante yacía sentado en un trono de azabache. Tenía los ojos grandes como un plato, una nariz como un fuelle y una boca tan grande, que podía pasar por ella un hombre con chistera y bastón.

Feliz se desvaneció a la vista de tal gigante. Cuando volvió en sí tenía a su lado a una jovencita y linda persona que lloraba amargamente.

—Joven inexperto, ¿a qué has venido aquí? ¿No sabes que éste es el palacio de Azabache, cuyo dueño y señor es el Ogro Inmortal? ¿No sabes que se mantiene con hombres que llegan aquí extraviados? —le dijo la joven.

—No sé nada de lo que me decís, bella niña. ¿Cómo no estoy ante aquel monstruo? —preguntó asombrado.

—Mira, joven; cuando caíste desmayado, acudí a tu socorro, como tengo orden de hacerlo con todos,

y te traje aquí. Dice el ogro que estás flaco, y eso te vale para no haberte comido ya —dijo la niña.

—Pero ¿cómo a ti no te come? —preguntó Feliz.

—Oye: Yo soy la pastora Ormesinda y el ogro me raptó. Pensó comerme; pero viéndome tan pequeña y débil dijo que mejor me dejaría para que le trenzara la barba, que se le enreda mucho. Cuando por casualidad le lastimo peinándosela, me quiere matar. No puedo salir de aquí y cualquier día me comerá. Como es inmortal se comerá a todo el mundo —agregó tristemente.

—¿Cómo?, ¿es inmortal? —preguntó Feliz.

—Me ha dicho que no puede morir, porque su vida no la tiene en el cuerpo, y nadie más que él sabe dónde está.

—Cosa más original no he oído nunca —agregó Feliz—. Mira, pastora, yo tengo el don de transformarme en animal; si tú quieres, yo tomaré la forma de una hormiga y tú le preguntarás al ogro dónde tiene la vida, para ir por ella.

—¿Crees tú que no te comerá el ogro?

—A mí no me comerá el ogro. Yo me convierto en tigre feroz;





en lagarto terrible; en águila rapaz y en hormiguita —dijo Feliz—. Ahora verás: «Plumita, haz tu deber.»

El joven quedó convertido en una hermosa águila real, Ormesinda, loca de alegría, le dijo:

—Creo que tú me sacarás de esta prisión, pues eres el único hombre dotado de tal poder. El ogro está en el jardín; vuela al ciprés vecino y escucha nuestra conversación.

Feliz voló al jardín. A poco llegó Ormesinda a entretener al ogro.

—Mira, Ormesinda, qué águila tan hermosa se posa en el ciprés —dijo el monstruo.

—De veras que es hermosa. ¿Es cierto que las águilas son inmortales, señor? —le preguntó.

—¡Inmortal soy yo! Hace años deseo morir y no puedo. Mira; arrégrame la barba, y cuidado con lastimarme —rugió.

—Y ¿por qué desea usted morir? —preguntó la niña mientras obedecía a su dueño.

—Porque soy viejo como el mundo.

—Y una bala de cañón, ¿no le mataría a V. M.? ¿Ni una bala *dum-mum*? ¿Ni un rayo?

—Nada, Ormesinda. Mi vida está dentro de un huevo que tiene una paloma en sus entrañas.

—Si yo pudiera conseguirlo... —dijo la joven temblando.

—Tú no puedes. Es necesario ir al lago; allí hay una serpiente; hay que matarla; de dentro de ella saldrá un ciervo, que emprenderá la carrera; hay que cazarle; del ciervo saldrá una paloma, y es menester matarla; dentro de ella hay un huevo envuelto en una tela fina que hay que roer sin romper el huevo. Cuando el huevo esté limpio, yo empezaré a morir; este huevo debe traerse y estrullarlo en mi frente; entonces moriré y dejaré esta vida insostenible. Díme: ¿qué ha sido del hombre que entró ayer? ¿Está gordo?

—¡Ah, señor! ¡Qué gordo va a estar si parece un pescado!

—Pues di a los criados que le cuiden, porque quiero cenarlo una noche de estas —bramó el coloso relamiéndose.

Concluida la conversación, el águila remontó el vuelo y desapareció de la vista de los que conversaban. El ogro se había dormido, y Ormesinda fué a llorar a su cuarto pensando que el mozo, amedrentado, se había ido para no volver.

Acababa Ormesinda de recostarse cuando oyó a Feliz hablarla. Se había convertido en zompopa (1), y por debajo de la puerta entró.

Luego tomó su forma humana, y habló así:

—Pastora: cuando creías que volaba para no volver me dirigí al lago para cerciorarme de lo dicho por el ogro. En efecto, vi la enorme serpiente, que mide más de cien metros y es tan gruesa como un viejo higuérón. Pensé emprender la campaña para conquistar el huevo; pero me dije que debías estar al tanto de mi aventura, y aquí me tienes.

—¡Ay, Feliz! ¿No correrás riesgo en esa batalla?

—Mira tú si podré resistirle a la serpiente. Soy lagarto —dijo.

Y en el acto quedó convertido en un horroroso y enorme saurio.

Fué tal el miedo de Ormesinda, que subió sobre la cama y se tapó con las mantas. Cuando tomó otra vez forma de hombre, le dijo:

—Veo, amigo mío, que nadie ni nada podrá resistir a tus transformaciones; ve y trae el huevo...

—¿Y serás mi esposa después de nuestra salvación, Ormesinda?

—¡Oh, sí! ¿Quién mejor que tú lo merece?

—Bien. Mañana al amanecer partiré, y que se despidan el ogro de la idea de cenar con mi cuerpo. Si yo no hubiese sabido el secreto y él hubiera intentado comerme me convierto en tigre y le saco los ojos, amén de algunas tajadas de carne.

Habiendo dicho esto desapareció.

Al amanecer tomó la forma de águila y llegó al lago. Allí se convirtió en lagarto y entró en el agua. Se trabó un horrible combate entre los dos anfibios. El lagarto pronto mató a la serpiente; en el acto salió un ciervo de dentro de ella y escapó por el bosque.

—Quiero ser tigre—gritó Feliz.

En seguida se encontró convertido en un hermoso animal, que en dos saltos atrapó al ciervo. Muerto éste salió de su interior una blanca paloma que remontó el vuelo.

—Plumita, haz tu deber—profirió el joven.

La arrogante águila subió a los aires y entre sus garras trajo a tierra a la inerte palomita. Con su pico desgarró el vientre y allí apareció un huevo grande, envuelto en una tela oscura.

—Patita, quiero ser hormiga.

Pronto se convirtió en el insecto y empezó a roer la tela.

Cuando la tela desapareció, Feliz tomó su forma primitiva y guardó el huevo, dirigiéndose al palacio. Ya cerca se oía como un trueno lejano: era el ogro que agonizaba.

Llegado a su presencia le dijo el ogro:

—¿Tú eres quien me sacas de esta prisión? Pues tuyo es mi palacio, mis tesoros y mis reinos. Cásate con Ormesinda y hazme descansar pronto.

Se acercó Feliz y estrulló el huevo en la gran frente del monstruo. Hubo un terremoto, y el ogro, convertido en humo negro, fué desapareciendo dentro de su corona que, a guisa de chimenea, continuaba sobre el inmortal.

Todo el día estuvieron el palacio y el valle convertidos en una humareda negra.

Al día siguiente todo había desaparecido y resplandecía en medio del valle, verde y frondoso, el castillo convertido en castillo-palacio, de

mármol blanco y coronado por la inmensa corona del ogro.

Feliz se casó con Ormesinda y vivieron en el «Palacio y el Valle de la Felicidad».

Los antiguos habitantes de aquellos lugares habían huido, temerosos del ogro; pero cuando se divulgó la noticia de su vaporización, todo el mundo volvió a fabricar sus viviendas y pronto se pobló el valle.

Feliz y Ormesinda reinaron largos años, tuvieron muchos hijos y fueron buenos con sus súbditos.

FIN



(1) Hormigón colorado.

POR ESTA VEZ,
A PESAR DE
LOS ZANCOS
NO HE QUE
DADO A
MUCHA
ALTURA

COLORÍN Y SU PANDILLA

*Queridos socios: Salud.
Por la presente sabreis que te
nia organizado un concurso
de chapurones con los chicos
del Atlantic Club pero mi
hermanita vino y lo estro-
peo todo.
Ya lo tenia todo lis-
to cuando mi herma-
na llegó y.....*

MIRA COLORÍN, TIENES QUE AYUDARME A ENSEÑAR A NADAR A ESTA NENA DE MI AMIGA DOÑA CÉSPEDES

¡VAYA POR DIOS! ¡YO QUE TENÍA QUE IR AL CONCURSO DEL ATLANTIC CLUB!

TODAS ESTAMOS YA LISTAS PARA EL CONCURSO ¿NO VIE-NES?

NO, YO NO PUE-DO. SE LE HA OCURRIDO A MI HERMANI-TA QUE YO LE AYUDE A ENSE-ÑAR A NADAR A AQUE-LLA NI-ÑA

¡VAMOS DOLORCI-TAS!

SE ME OCURRIÓ UNA IDEA PARA QUE TE PUE- DAS ESCA- PAR, MI- RA.....

¡COLOSAL! ¡HAS TENIDO UNA IDEA COLOSAL! ESPÉ- RAME ALLÍ QUE IRÉ PRONTO

¡EA! ¡NO TENGAS MIEDO AL AGUA!

¡DOLORES! A VER SI ERES OBEDIENTE Y HACES LO QUE TE MANDEN

¡NUNA PALABRA MAS

¡AHÍ VIE- NEN, CO- LORÍN

AQUÍ HAY MUY POCO FONDO PARA QUE APRENDAS A NADAR ¿QUÉ PROFUNDI- DAD HAY DONDE TÚ ES- TAS, COLORÍN?

¿PUES NO LO VES? HAS- TA EL CUE- LLO NADA- MAS

VÁMONOS ALLÍ DO- LORCITAS..... PERO ¡CIELOS! ¡QUE HON- DO ESTÁ ESTO!

¡DEMONIO! ¡DOLORCITAS SE ME VA A PIQUE!

¿DE MODO QUE SO- LO TE LLEGABA EL AGUA AL CUELLO? ¡AH BRIBÓN, YA ME LAS PAGARÁS!

PERO ¿QUE MAS TE DA? ¿NO SABES MADAR?

¡VALIENTE PROFESOR DE NATACIÓN! ¡POR POCO AHOGA A MI NIÑA! ¡NO ME HABLEUS- TED MÁS SEÑORI- TA!

¡COLORÍN! ¡VEN AQUÍ INMEDIA- TAMENTE O VOY A BUSCARTE!

BUENO, YA VOY. PERO CONSTE QUE TE DIJE QUE ME LLEGABA EL AGUA AL CUELLO Y YA VES QUE NO TE MIENTO.

*.... os he
berrais reido si
un rato largo si
veis la cara de mi her-
mana cuando sali del
agua con zancos.
Lo malo es que no tuvi-
mos concurso de chapurones
y que siento cierta molestia
al sentarme. Además me
han encerrado en la casilla
del perro. Con la esperanza de
veros pronto os abraza a todos!
Colorín*



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



PROGRAMA
PARA HOY

LA CUEVA
MISTERIOSA

Sensacional!

GRAN CINE



El terror del calderero.

El viejo calderero Juan Stone hallábase muy cansado, y lo mismo le ocurría a *Lucero*, el jaquito gris que tiraba del carro que Juan poseía, y donde llevaba todos los utensilios de su oficio, algunos pucheros y cacerolas y una tienda bajo la cual dormía algunas noches.

El sol hacía tiempo que había traspasado las cumbres de las colinas que se dibujaban en el horizonte, y no se oían más ruidos que las pisadas de Juan y *Lucero*, el chirrido del carro y el silbido del viento al pasar entre las malezas.

Juan estaba tan habituado a estos espectáculos, que no hizo alto de la romántica naturaleza que le rodeaba. Lo único interesante para él era encontrar algún rincón cobijado, donde poder armar su tienda y hacerse la cena, y donde *Lucero* pudiera encontrar alguna refrescante hierba para pastar. Los ojos sagaces del calderero vagaban en todas direcciones en busca de ese sitio, cuando se iluminaron al ver la oscura boca de una cueva hecha en la rocosa ladera del monte; no podía encontrar mejor refugio para huir de las heladas.

Quitó los arreos a *Lucero* y lo dejó suelto para que se diera un banquete en el césped; luego sacó las mantas del carro y las extendió dentro de la cueva; después se puso a recoger ramas secas, que amontonó para encender fuego y preparar algo de cenar en el perol que sujetó en un trípode.

Ya se disponía a sacar su paquete de provisiones, cuando de pronto tiró el cuchillo que tenía en la mano y se volvió con cara horrorizada hacia las sombras del fondo de la cueva. Acababa de escuchar un ruido extraño; era como un rugido de algún animal a quien estuvieran martirizando. Ni por un momento creyó Juan que aquellos gritos procediesen de un ser humano.

Se quedó mirando hacia el interior de la cueva y le pareció ver, allá en el fondo, el brillo de una luz. Aterrorizado, salió corriendo de aquel lugar.

Fuera de la cueva, *Lucero* estaba derecho, con las orejas tiesas y mostrando todos los síntomas del miedo; Juan corrió hacia él y saltó sobre sus lomos. El jaco, espantado, empezó un galope desenfrenado a través del campo.

No habría recorrido un kilómetro todavía cuando el ruido de las pisadas de otro caballo llegaron a sus oídos. De entre la oscuridad surgió la figura de un jinete, galopando en brioso corcel.

Era el oficial de la policía, Tom Terry, que montado en su caballo blanco, el *Avión*, hacía la ronda nocturna. Quedó sorprendido al ver a Juan agarrado nerviosamente a la crin de *Lucero*.

El policía miró al viejo inquisitivamente y le reconoció; el calderero no era desconocido por aquellos contornos.

—¿Qué le pasa a usted, Juan? Usted no acostumbra a llevar el caballo a ese paso.

—Es que se ha espantado; y no me extraña, porque también yo lo estoy. Allá abajo, entre las rocas, hay un duende que está haciendo unos ruidos extraños.

—Yo no creo en los duendes, Juan. ¿Dónde estaba usted cuando oyó esos ruidos? Voy a ir a escucharlos por mí mismo.

—Puede usted ir si gusta; pero irá solo, porque yo no pienso acompañarle. Y eso que he dejado allí todas mis cosas. En aquellas rocas hay una cueva, y estando dentro de ella oí los ruidos que me pusieron los pelos de punta.

Tom pudo apreciar que el calderero estaba verdaderamente aterrorizado; el policía miró en dirección a las rocas y percibió el débil brillo de una luz.

Entonces llamó la atención de Juan hacia ella.

Este asintió.

—Sí —dijo—; ya me pareció a mí verla cuando estaba dentro de la cueva; la luz viene de allí.

—Pues bien: iré a desentrañar este misterio. Conozco muy bien todas esas rocas; hay varias cuevas en ellas que se comunican entre sí por una serie de túneles. Hasta luego.

Tom sacudió las riendas, y el *Avión* echó a correr a todo galope; en seguida dejó a un lado la carretera, internándose en el camino, siempre con los ojos fijos en aquella luz brillante.

Al fin llegó cerca de la cueva; unos extraños gemidos rasgaron el aire tranquilo de la noche. El *Avión* levantó la cabeza y relinchó, atacado de repentina alarma.

Oyóse el grito de un hombre. Se apagó la luz y todo volvió a quedar en silencio, aunque parecía que hasta el aire respiraba misterio. Tom vio el carro de Juan fuera de la cueva; apeóse del caballo y entró en el oscuro recinto, tropezando en las mantas del calderero.

Sacó del bolsillo la lámpara eléctrica y la enfocó al fondo de la cueva. Esta se internaba por la colina unos diez metros, terminando en una pared de roca. Arriba tenía una abertura por donde seguramente se habría filtrado la luz; pero Tom no podía alcanzarla, ni aunque se hubiera puesto de pie encima del caballo. La roca era lisa y no ofrecía ningún saliente para trepar por ella.

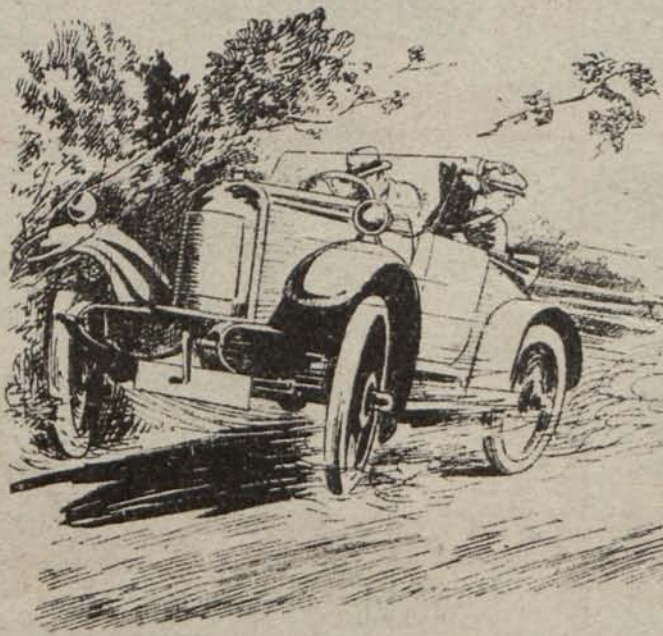
—Pues he de internarme por la colina y descubrir la causa de estos ruidos —se dijo.

Tom conocía muy bien todas las cuevas y túneles que horadaban la colina. Las había explorado muchas veces; y como recordaba que en lo alto de la colina había una bajada al interior de las cuevas, decidió hacer uso de ella. Salió de allí y dió un silbido al *Avión*, que vino corriendo a su lado. El policía saltó sobre él y el caballo lo llevó por la base de aquel muro de roca. Después de recorrer un trecho, el aspecto de las rocas cambiaba, perdían éstas su pendiente abrupta, haciéndose mucho más suave. El *Avión* podía subir fácilmente.

Tom llegó a la cumbre de la colina, detúvose allí y saltó al suelo, suponiendo que ya estaba aproximadamente en el lugar que debía de corresponder a la entrada.

Vió un peñón grande que indicaba la bajada de un túnel en forma de rampa.

Después de ordenar al *Avión* que se quedara esperándole, entró por él y desapareció bajo la tierra. Al pisar el suelo blando y arenoso del túnel oyó un grito ahogado y quejumbroso; pero era muy





diferente del ruido extraño que atemorizara al calderero y a su caballo, porque este era el grito de un ser humano.

Siguió andando todo lo más de prisa que pudo. El túnel terminaba en una cueva ancha; y ante el espectáculo que contemplaron sus ojos, no pudo por menos de quedarse asombrado: se encontraba en un taller de mecánico; a un lado había un banco largo, sobre el que estaban todos los utensilios que un mecánico pudiera necesitar.

Al oír un quejido se volvió, y en el otro extremo de la cueva vió a un hombre tendido en el suelo, atado y amordazado. Le desató. Era un hombre de mediana edad, con la cara surcada de arrugas. Dirigió una sonrisa de gratitud a Tom e hizo esfuerzos por ponerse en pie.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el policía.

—Que me han robado la obra de toda mi vida.

—¿Qué es lo que le han robado a usted?

—Mi invento: el motor más pequeño del mundo. Un motor que es como una cajita, y tiene fuerza para mover un camión.

—¿Y este es, entonces, el taller donde usted trabaja?

—Sí señor. Yo soy el inventor Harold Bradley. Como necesitaba un lugar secreto para trabajar y me enteré de que existían estas cuevas, vine a construir aquí mi aparato.

—¿Y le han descubierto el escondrijo?

—Sí —respondió Bradley, dando un suspiro—. Lo han descubierto dos in-

dividuos que me parecen extranjeros y agentes de una casa constructora de automóviles. Hace mucho tiempo que deseaban apoderarse de mi invento por medios ilícitos, y al fin me lo han robado. Aparecieron aquí de repente, me atracaron y huyeron con mi maravilloso motor, que hacía muy poco tiempo había empezado a funcionar.

—¡Yo los perseguiré! —exclamó Tom—. Y sin esperar más corrió por el túnel hasta la cumbre de la colina; allí estaba el *Avión*, tan quieto como si fuera de piedra; se montó en él y le hizo bajar al galope la pendiente de la colina.

Mientras bajaba iba explorando la carretera que serpenteaba ante su vista.

Por ella vió los faros de un automóvil que corría a toda velocidad.

El instinto le dijo que en aquel automóvil iban los dos extranjeros que habían robado el invento a Bradley.

Tom sabía que esta era la única carretera que había por aquella parte y que daba un rodeo muy grande, cruzando el ferrocarril un poco más abajo.

Atravesando el campo en cierta dirección podía irse directamente hasta el paso a nivel, atajando lo menos cuatro kilómetros.

Tom determinó tomar aquel atajo para llegar antes que ellos.

Después de un arriesgado galope, el policía dió un suspiro de sa-

tisfacción al ver a pocos metros la caseta de señales del paso a nivel. Miró para atrás; las luces del automóvil se aproximaban. Había probabilidades de poder detenerlo.

Saltó del caballo y subió las escaleras de la caseta. El encargado de las señales se le quedó mirando al verlo entrar en la cabina tan apresuradamente.

—¡Cierre usted las puertas! ¡Pronto! —gritó—. ¡Vienen dos ladrones en automóvil y hay que detenerlos!

Sin una palabra de protesta, el encargado levantó una palanca, y mientras Tom bajaba las escaleras, cerrábanse las puertas del

paso a nivel un momento antes de llegar ante ellas el automóvil.

Rechinaron los frenos del coche por tan repentina parada. Tom se abalanzó sobre el auto, diciendo:

—Deseo registrar ese automóvil.

—¿Por qué motivo? —preguntó el que lo conducía.

—Porque ustedes dos acaban de robar al ingeniero Bradley...

No pudo terminar, porque los dos hombres, viéndose perdidos y comprendiendo que de nada les serviría ya su robo, decidieron quitar de en medio al policía para continuar su camino.

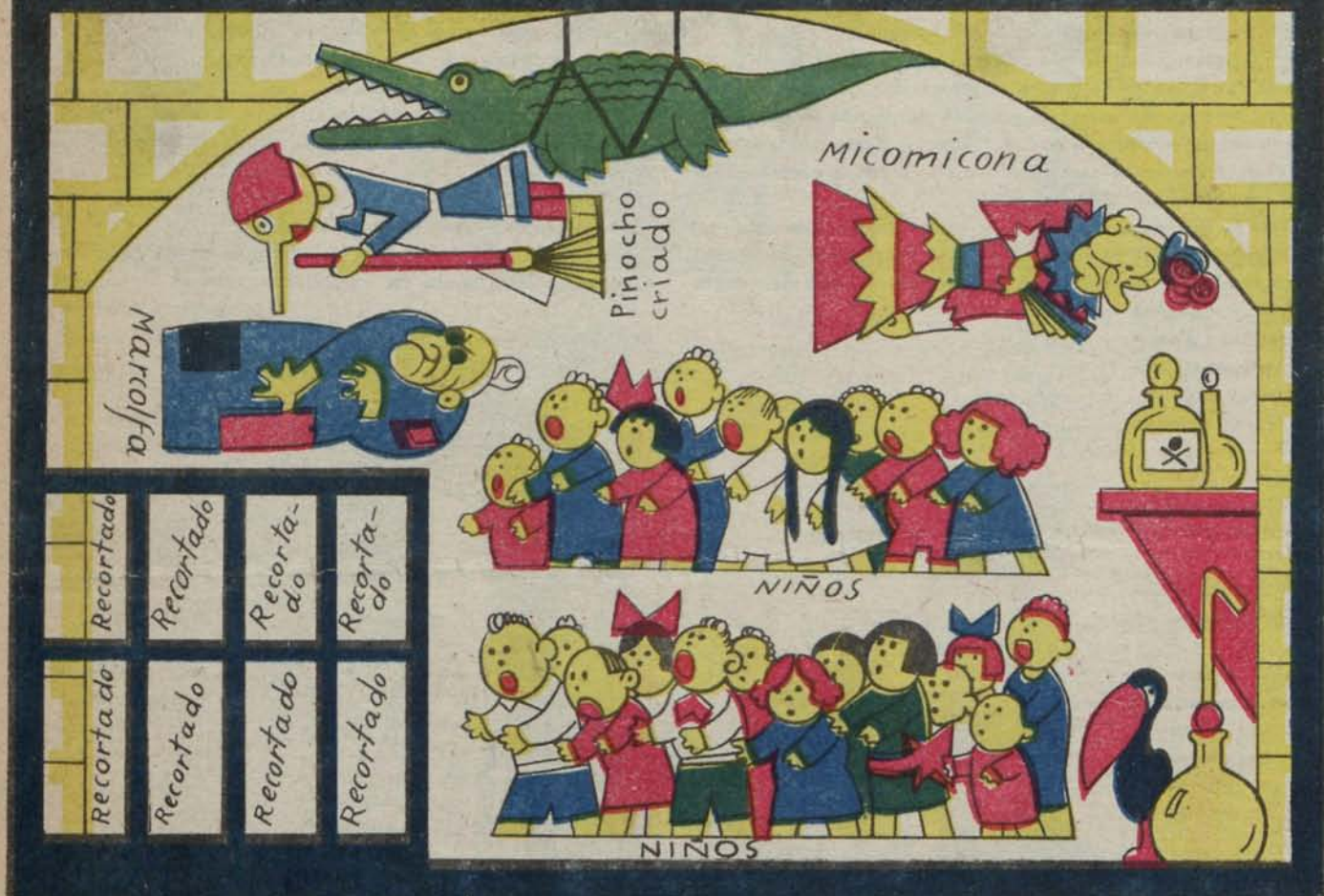
Echaronse los dos sobre él, como obedeciendo a una sola voluntad; pero Tom, que ya contaba con la resistencia, eludió hábilmente los golpes, y de un puñetazo en la barbilla tiró para atrás a uno de

los ladrones. Luego se enzarzó con el otro, y el encargado de las señales acudió en auxilio del policía y le ayudó a sujetarle.

Tom investigó el interior del coche y encontró envuelto en una arpillera el motor.

Sonrió con gesto de triunfo, no sólo por la satisfacción que su éxito iba a proporcionar a Harold Bradley, sino porque había impedido que saliera de su país un invento tan importante.





EL TEATRO DE PINOCHO

LA CASA DE TURRÓN

CUENTO ESCENIFICADO EN TRES ACTOS

(Continuación.)

ACTO SEGUNDO

La escena representa, en el bosque, la fachada de una casita rústica, toda hecha con turrón y guirlache y azúcar... ¡Un prodigio de confitería! Hay también un poco de chocolate, y la puerta y las ventanas son de galleta gigante.

Llegan Pinocho y Lolín.

PINOCHO. ¡Hemos llegado! No creí yo que iba a estar tan cerca.

LOLÍN. ¡Oh, mira, mira, Pinocho!

PINOCHO. ¿Qué pasa?

LOLÍN. ¡Mira qué casa tan preciosa!

PINOCHO. Sí, no es fea. ¿Quieres que llame y pida posada?

LOLÍN. Pero, ¿es que no te has fijado?

PINOCHO. ¿En qué?

LOLÍN. ¡En que es toda de turrón, con sus adornos de crema y de guirlache... con sus galletas en las ventanas, con sus ladrillos de chocolate, con su chimenea de bizcocho, con sus remates de azúcar, con sus rajadas de caramelo! ¡Qué maravilla!

PINOCHO. ¡Caramba, que raro! Debe ser de algún confitero enriquecido: porque si no... ¡Con lo caro que está todo!

LOLÍN. ¡Pues ha venido al pelo!

PINOCHO. ¿Qué vas hacer?

LOLÍN. ¡Toma, pues comer!

PINOCHO. ¿Comer?

LOLÍN. ¡Claro! ¿No ves que es una casa que está diciendo: «Comedme»?

PINOCHO. Oye, Lolín, ¡hasta ese punto podían llegar las cosas! Esa casa no es tuya y, por lo tanto, no tienes derecho a deshacerla...

LOLÍN. Pero ¿no ves qué buena cara tiene?

PINOCHO. ¡Yo no veo nada! Lo que me parece es que, con el hambre que traes, si te pones a comer la casita vas a dejar limpio el solar en poco rato. Y ¿qué le decimos al dueño cuando venga y se vea sin casa?

LOLÍN. ¡Pareces tonto! Eso tiene que ser cosa de las hadas...

PINOCHO. (Desconfiado.) ¿Tú crees?

LOLÍN. ¡Claro está! Estas casas deben ponerlas las hadas para que no se mueran de hambre las niñas que se pierden en los bosques.

PINOCHO. Puede ser. Pero, pero... ¡Me parece a mí...! Me parece a mí que no.

LOLÍN. ¿Por qué no?

PINOCHO. Porque si así fuera, con una casa de dulce de ese tamaño, las niñas no se morirían de hambre, pero si de una indigestión. Si fueran las hadas, con lo primorosas que son, habrían puesto una mesita muy mona, con su mantelito y todo, y con un plato de alas de mariposa, con otro plato de yemas de huevo de ruiseñor, con otro de patas de cangrejo de río y unas lenguas de gato, para postre... Eso es lo que comen las hadas.

LOLÍN. Sí, pero una niña como yo, con tanta comida, se queda con tanta debilidad como antes. Mira, yo, por lo pronto, voy a comer unos ladrillos de estos adornados de chantilly...

PINOCHO. ¡No hagas eso, Lolín! ¡Te digo que no hagas eso! Temo que ese capricho de comerte lo que no es tuyo nos traiga algún contratiempo.

LOLÍN. Pero ¿qué voy a hacer? ¿Me voy a morir de hambre a la vista de tantas cosas ricas? ¡Eso sería de tonto!

PINOCHO. Podemos llamar a la puerta. Alguien habrá dentro y nos socorrerá. Es más prudente y de mejor educación.

LOLÍN. Tú lo que quieres es que me socorran, y me den un caldito y un poco de leche... ¡Estoy ya aburrida de estas cosas! Prefiero esos dulces y ese turrón.

PINOCHO. Eres una niña muy desobediente y prefieres apropiarte de las cosas en vez de hacerlo por el camino derecho.

LOLÍN. ¿Y si el dueño de la casa es un hombre poco caritativo y me da con la puerta en las narices...?

PINOCHO. ... Pues como la puerta es de galleta, no nos hará mucho daño.

LOLÍN. Bueno, bueno. Yo me voy a comer este ladrillito, porque ya no puedo tenerme en pie. Después haré lo que quieras..., pero ¡déjame comer este ladrillito...!

PINOCHO. Bueno, pero nada más que ese ladrillito...

LOLÍN. Nada más, Pinocho, de verdad.

PINOCHO. Es que te conozco, y si te dejan empiezas por un ladrillo y eres capaz de comerte toda la casa.

LOLÍN. No, nada más que éste... ¡Ah, qué rico está!

PINOCHO. ¡No comas tan de prisa, que te puedes atragantar!...

LOLÍN. ¡Qué rico! ¡Me gustaría saber hacer dulces así!

PINOCHO. ¡Menos mal que te da por aprender algo! Pero ¿te lo has comido ya?

LOLÍN. ¡Claro! ¡Pues sí, que me iba a estar esperando! Ahora, lo que tengo es sed.

PINOCHO. ¿No te digo? Sería mejor haber llamado a la puerta de la casa...

LOLÍN. No, mira; espera: junto a ese árbol hay una fuente. No la habíamos visto.

PINOCHO. ¡Es verdad! ¡Agua!

LOLÍN. No, no es agua.

PINOCHO. Pues ¿qué es?

LOLÍN. Vino dulce.

PINOCHO. ¿Vino dulce dices? A ver, a ver... Déjame que beba.

LOLÍN. ¿Vas a beber? ¿Cómo vas a beber, si eres de madera?

PINOCHO. ¡También son de madera los árboles y los riegan!

LOLÍN. ¡Llevas razón! Perdona. Pero ¡no bebas tanto, tú, que se te va a hinchar la madera!

PINOCHO. ¡Esto es vino del mejor, sí, señor!... (Enfadándose.) ¡Está muy mal que te aproveches de que yo estuviera bebiendo para arrancar ese otro ladrillo!...

LOLÍN. Es que... ¡estaba tan bueno el que me he comido!

PINOCHO. ¡Sí, pero es quel...

LA VOZ DE LA VIEJA. (Dentro.) ¿Quién está deshaciendo mi casa?

LOLÍN. ¡Ay! ¡Una voz!

PINOCHO. ¡Nos han cogido! ¡Y robando!... ¡Mira qué bonito!

Se abre la ventana y asoma La vieja.

LA VIEJA. ¿Quién se está comiendo mi casa?... ¿Eh?... ¿Quién es el goloso que me roba los ladrillos? No veo bien. ¿Eres tú?

PINOCHO. ¿Yo? No, señora. Yo soy de madera de pino y no puedo comer más que sopa de virutas.

LA VIEJA. Entonces... ¿es esta niña que está contigo?

LOLÍN. Yo, tampoco he sido.

LA VIEJA. Entonces... ¿no es nadie? Lo siento, porque si así fuera tengo dentro de mi casa dulces mucho mejores y...

LOLÍN. ¡Yo he sido, señora!... ¡Yo he sido!

LA VIEJA. ¿Por qué no lo habías dicho?

LOLÍN. Por si se enfadaba usted...

LA VIEJA. ¿Por qué voy a enfadarme? A mí me gustan mucho los niños golosos. Lo que has hecho mal es en no llamar a la puerta en vez de comeros la fachada...

PINOCHO. Eso mismo decía yo, señora. Pero Lolín no quiso...

LA VIEJA. ¿Por qué, hija mía?

PINOCHO. Por si estaba usted descansando y la molestábamos.

LA VIEJA. Los niños no me molestan nunca. Lo que no me gusta es que hagan agujeros en la pared, porque entra aire y me acatarro.

LOLÍN. Y ¿dice usted que tiene dentro muchos dulces?

LA VIEJA. Sí. Los de la fachada son los que me han salido mal. Yo hago platos deliciosos... nadie ha comido dulces más exquisitos.

LOLÍN. Lo digo porque como no me he comido más que un ladrillo...

(Continuará en el número próximo.)

HISTORIAS DE ANIMALES

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Eran tan orgullosas las sardinas, que no se trataban con casi nadie.

Como de algunas personas estiradas se dice que se han tragado el molinillo, de las sardinas decían los otros peces que se habían tragado una caña de pescar.

Y luego, aquello de que, cuando las pescan, les hagan los hombres un panteón de familia, todo de hojalata, con inscripciones y todo, traía muy envidiosos a todos los peces —excepto al atún, que, cuando está en lata, se llama *Tom Mariné*, como un payaso de circo. En cambio, a los otros pescados, lo más que hacen en las pescaderías es clavarles un letrero con un precio y gritar a voces: «¡Frescos! ¡Vivitos de hoy!»

Todos los peces tenían clavada aquella espina de envidia.

En el mar, además, desde pequeños aprenden los

peces a odiarse unos a otros, y si por algo los peces desean crecer es porque han

oído aquello de que «el pez grande se come al chico». Y lo que pasa:

cuando más orgullo se tiene,

viene algo a bajarnos los humos.

Sucedió que a una sardinita graciosa, a la que llamaremos Elisita, le dió la

ventolera de dedicarse

a artista de circo submarino.

¡Buena la hizo! La familia de las

sardinas estaba indignada con aquella locura de Elisita.

¡Una chica que había sido pretendida por muy

buenos partidos, hasta por un capitán

de peces-espadas y por un pez cofre, banquero enriquecido!

Pero Elisita insistió en su afición al circo, y un

día abandonó su casa, no sin dejar escrita en el interior

de una concha, con tinta de calamar, estas palabras:

«Me marchó. Siento mucho

tener que dar ese disgusto a la familia; pero me voy. Acabo de firmar un contrato, por tres meses, con

el director del *Tortuga Circus*. Adios.

ELISA.»

El *Tortuga Circus*, llamado así porque para trasladarse de

un lado a otro del océano utilizaba, en vez del clásico carromato

de los titiriteros, una tortuga gigante alquilada por muy poco dinero, y que hacía el servicio con muy buena

voluntad.

Aquella noche la desconsolada familia de las sardinas no

salió de casa, ni mucho menos acudió a la función del Circo

en que debutaba Elenita, a pesar de estar abonada a un palco,

como todas las familias «bien» del fondo del mar.

No hay que decir que Elisita tuvo un éxito con su

presentación, y que desde entonces fué la mayor atracción del

Tortuga Circus; tanto, que el director, un besugo muy emprendedor,

le subió el sueldo a los pocos días.

Y es que Elisita era lo que se dice un estuche de

habilidades y podía por sí sola llenar un variado programa.

Primero trabajaba en el alambre con una sombrilla,

manteniendo el equilibrio de un modo prodigioso.

Después hacía de mujer de bronce y se dejaba golpear con un pez-martillo.

Luego, en un intermedio, hacía de *clown* con una

gracia inimitable, interpretando la divertidísima pantomima de *La sardina en escabeche* y tocando con una caracola algunos trozos de *Marina*.

En la segunda parte hacía juegos malabares con conchitas, y bailaba sevillanas tocando almejas en lugar de castañuelas.

Después hacía de *ecuyere* en un caballito de mar, y se tragaba las ranas vivas y las volvía a echar.

Pero el número sensacional era el de la *troupe* de voladores, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7. *Voladores* en la que triunfaba la habilidosa Elisita, saliendo del agua y ejecutando por el aire arriesgados ejercicios, sin trapecio ni nada, y cayendo luego con singular destreza de nadadora.

Inútil es decir que con todos esos prodigios se

hizo en poco tiempo el idolo de los públicos del fondo del mar; tanto, que el

Tortuga Circus ya no tuvo que ir de

un lado a otro para hacer negocio por los pueblos, sino que

hizo un edificio fijo, con su

gran lona en punta, todo

iluminado con peces eléctricos.

Un día que Elisita celebraba su beneficio,

la familia, no pudiendo soportar por más

tiempo que su apellido figurara en los

carteles de los circos, tramó una venganza.

Compraron un ladrillo con sus ahorros, y en el número

sensacional, el de los peces voladores, cuando

Elisita hizo por el aire sus saltos más prodigiosos y se lanzaba al

agua de cabeza haciendo el salto del ángel, sus primas,

las sardinas rencorosas, colocaron el ladrillo, y la pobre

Elisita se chafó la cabeza en lo mejor de su ejercicio,

cuando el tambor del circo hacía las gárgaras de los números sensacionales.

¡Pobre Elisita! ¡Qué fin tan trágico tuvo!

Su entierro fué una verdadera manifestación de duelo

submarino.

Muchos peces llevaban luto de esos que hace el calamar

en veinticuatro horas.

Las ostras tenían media puerta cerrada.

El capitán de peces-espadas mandó su compañía para cerrar el fúnebre cortejo.

El pez-cofre envió una rica corona de estrellitas de mar y algas.

Las lágrimas de los asistentes hicieron subir aquel día la marea.

No se recuerda otro entierro más triste en todo el fondo del mar.

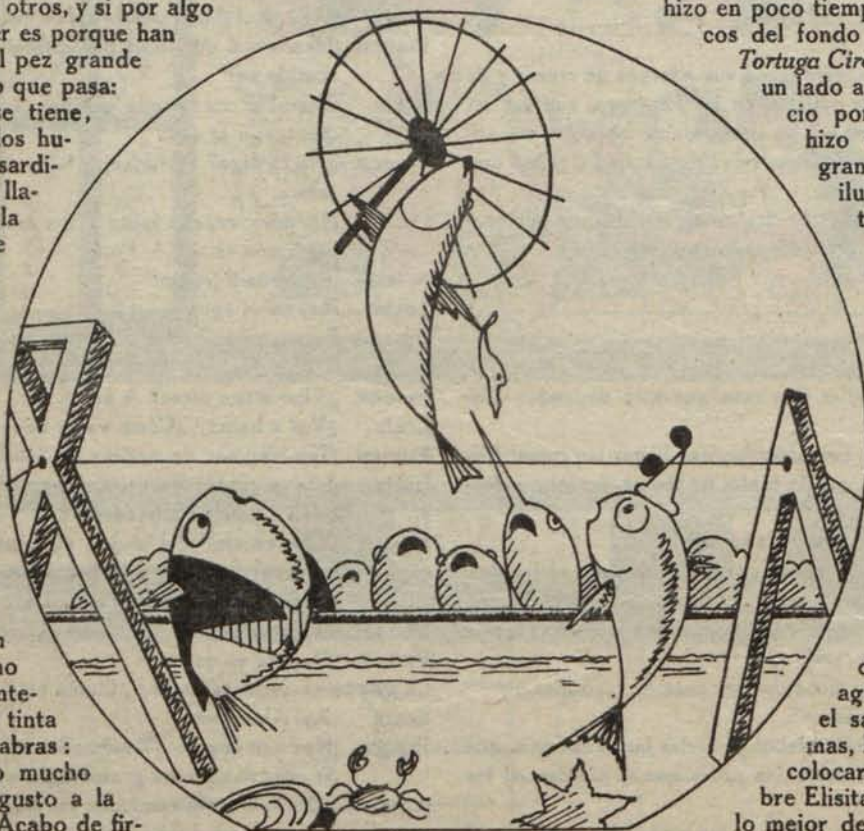
Y, claro, desde que Elisita dejó de figurar en los

carteles, el público dejó de asistir al *Tortuga Circus*.

El director, arruinado, tuvo que colgarse de un anzuelo,

como se cuelga un gabán de una percha.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



ELISA.»

El *Tortuga Circus*, llamado así porque para trasladarse de un lado a otro del océano utilizaba, en vez del clásico carromato de los titiriteros, una tortuga gigante alquilada por muy poco dinero, y que hacía el servicio con muy buena voluntad.

Aquella noche la desconsolada familia de las sardinas no salió de casa, ni mucho menos acudió a la función del Circo en que debutaba Elenita, a pesar de estar abonada a un palco, como todas las familias «bien» del fondo del mar.

No hay que decir que Elisita tuvo un éxito con su presentación, y que desde entonces fué la mayor atracción del *Tortuga Circus*; tanto, que el director, un besugo muy emprendedor, le subió el sueldo a los pocos días.

Y es que Elisita era lo que se dice un estuche de habilidades y podía por sí sola llenar un variado programa.

Primero trabajaba en el alambre con una sombrilla, manteniendo el equilibrio de un modo prodigioso.

Después hacía de mujer de bronce y se dejaba golpear con un pez-martillo.

Luego, en un intermedio, hacía de *clown* con una

PERDÓNE LA SEÑORA, PERO ESE CABALLERO QUE ESTABA CON USTEDES SE HA MARCHADO SIN PAGAR LA CUENTA

NO TARDARÁ EN VOLVER ¿SABES TÚ DONDE ESTÁ TU HERMANO, CAÑAMÓN?

A ESTAS HORAS DEBE DE ESTAR EN LA CHINA

POTIPÁN Y CAÑAMÓN

ANDA, MARY, PONTE EL ABRIGO A VER COMO SALIMOS, PORQUE RESULTA QUE HE VENDIDO SIN DINERO

A MI NO ME METAS EN LIOS, LO MEJOR ES QUE VAYAS A VER A DON CARALAMPIO Y LE PIDAS DINERO PRESTADO

DON CARALAMPIO NO ESTÁ

BUENO PUES VUELVA A LLAMARLE Y PREGUNTELE CUANDO VUELVE RÁ

DEJA ESE EQUIPAJE. DON CARALAMPIO NO CONTESTA NI POR TELÉFONO NI LLAMANDO A SU PUERTA, VETE A VER SI LO VES POR LA VENTANA Y LE DAS ESTA CARTA

¡CUÁNTO DINERO!

¡REPÁMPANOS!

¡PAF!

¡ESTO ES LA FORTUNA!

¡AJAJÁ! ¡VIVA MI SUERTE!

¿QUÉ ESTARÁ HACIENDO ESE IDIOTA?

YÁ SOY RICO, POTIPÁN. DON CARALAMPIO ESTABA CONTANDO MUCHO DINERO Y AL VERME EN LA VENTANA SE PUSÓ TAN FURIOSO QUE ME TIRO UN SACO LLENO DE PESETAS

¿UN SACO? PUES VOY YO TAMBIÉN

¡LA CARABA! ESTÁ CONTANDO DINERO ¡QUÉ FORTUNÓN! VOY A LLAMARLE LA ATENCIÓN!

¡EJEM! ¡EJEM!

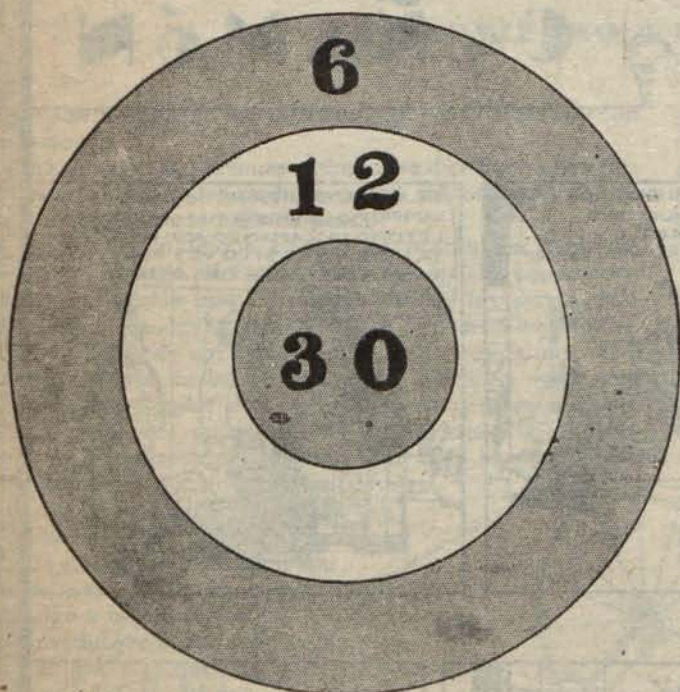
?

¡PUM!

Y COMO LA IDEA DE ASOMARSE A LA VENTANA HA SIDO MÍA EL DINERO DEBE SER PARA MÍ, QUERIDO PANCHITO

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

PROBLEMA



He aquí un blanco que lleva señalado el número de puntos correspondiente a cada zona. Se desea resolver el siguiente problema:

¿Cuál es el número menor de blancos para que dividiendo la suma de todos ellos por su número resulte un cociente igual a 17, o sea que dicho 17 sea el promedio del valor de los blancos?

EL VALIENTE CABALLERO



Este valiente caballero tuvo noticia por radio de que estaba en peligro de muerte su amado rey, y de que si llegara pronto dependía la vida de su soberano, pues a las cinco en punto, hora del té, le darian muerte.

Partió veloz en su mejor bicicleta, y calculó que, siendo las doce, si marchaba a una velocidad de 30 kilómetros llegaría una hora antes, o sea a las cuatro, y si iba a 20 kilómetros llegaría una hora después, o sea a las seis, y ya habría muerto el rey.

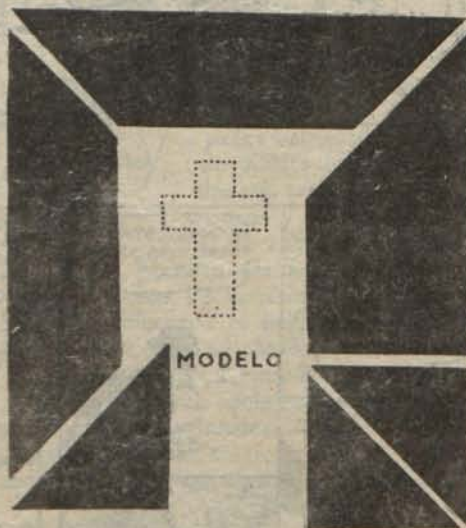
¿A qué distancia se encontraba del palacio real y a qué velocidad marchó para llegar a las cinco en punto?

EL LOBO Y LA CABRITA



Una inocente cabrita bailaba al son de una dulzaina, tocada por un astuto lobo. De repente éste dejó de tocar y se abalanzó hacia la cabrita para devorarla, y lo hubiera conseguido si cinco leñadores, ocultos en el paisaje, no lo hubieran evitado. ¿Dónde se hallan estos leñadores?

LA CRUZ



Con estas seis piezas se ha de formar una cruz igual en la forma, a la representada por el modelo.

A LOS PINOCHISTAS

Al día siguiente de aparecer el número 52 de esta Revista, en el que os daba cuenta de la innovación que introducía en esta sección, recibí infinidad de felicitaciones por esta determinación.

Sois tantos los que me habéis escrito, que no me es posible contestaros uno a uno, ni por carta ni en la sección de correspondencia, por lo cual, desde aquí, os doy las gracias a todos profundamente emocionado.

Tal alegría me dió al recibir vuestras cartas, que se me aflojaron las tuercas y por poco no quedo cojo, pues se me salió un tornillo, y ya se lo llevaba Chapete cuando salió tras el mi querido amigo Morronguis y, dándole un arañazo, se lo quitó, quedando el cabezota en un rincón, saliéndosele el serrín.

Os cuento estas cosas porque sé que os interesa todo lo que a mí me sucede.

BASES PARA ESTE CONCURSO

Estos pasatiempos constituirán series mensuales que comprenderán todos los trabajos publicados durante el mes. Las soluciones se enviarán todas juntas al finalizar la serie, acompañadas del cupón que para ello se publicará oportunamente.

Las soluciones se recibirán durante los dos meses siguientes a la terminación de la serie.

Este plazo es de tanta duración para dar tiempo a que los pinochistas de América puedan concurrir a él.

Es requisito indispensable que las soluciones vengán acompañadas del cupón correspondiente; de lo contrario se considerarán nulas.

LISTA DE PREMIOS PARA ESTOS CONCURSOS

1.º Un lote de libros por valor de 25 pesetas.

2.º Un lote de libros por valor de 20 pesetas.

5.º Un lote de libros por valor de 5 pesetas.

3.º Un lote de libros por valor de 15 pesetas.

4.º Un lote de libros por valor de 10 pesetas.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-- HISTORIETAS :-- CHISTES ILUSTRADOS :-- CHISTES SIN ILUSTRAR :-- CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

DIBUJOS



Un elefante.
ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años. Madrid.



Un cerdito.
GONZALO ZABALETA.
Siete años. Madrid.



Pinocho, guerrero.
EDUARDO COSTERO.
Siete años. Zaragoza.



Una cox.
ANGEL GORALUCHE Y GORI.
Trece años. San Sebastián.



Un «auto» de Pinocho.
NERNY H. C.



Galería del vapor Reina Victoria.
MARIANO URDIAIN.
Nueve años. Madrid.



Un nido.
LUIS GÓMEZ.
Diez años. Laredo.



Mi tío.
LUIS LEMUS.
Doce años. Morelia. (México.)



El monumento del Barón y Adelaida.
MARGARITA FUENTES. — Trece años. Sevilla.



Un payaso.
VIRGILIO VILLAVEVERDE. — Trece años.



Mañico.
TITO OLANO.
Gijón.



El moro que vende a mamá los huevos.
ALICIA BARTOMEU.
Ocho años. Melilla.



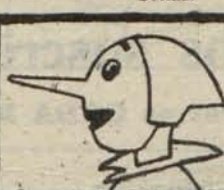
1 cartel de fiestas de Alicante.
ISABEL LASTRES.
Diez años. Alicante.



Una barca de recreo.
ROGELIO GRACIA.
Trece años. Zaragoza.



Currinche.



Pinocho.



Don Turulato.
LUIS PÉREZ GUILLOT.
Trece años. Madrid.



Pinocho.
C. VARA DE REY.
Diez años. Madrid.



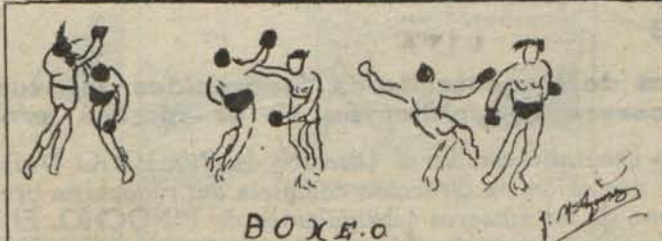
Don Turulato y Currinche.
A. MATILLA.
Trece años.



Un pinochista.
MARGARITA FUENTES. — Trece años. Sevilla.



Pinocho entrenándose.
ALFREDO PINILLA.
Trece años.



BOXEO

Tres momentos.

JOSÉ MARÍA AGUIRRE.
Trece años.



Charlot.
FÉLIX ISERU.
Doce años. Villanueva y Geltrú.

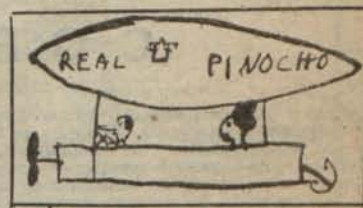


Leyendo PINOCHO.
LUCRECIA MORENO.
Ocho años. Buenos Aires.



El viaje.
ANTONIO VEGA DE SEQUE.
Once años. San Sebastián.

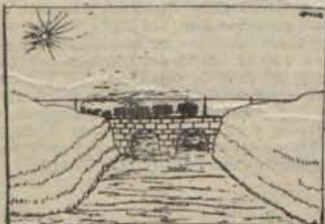
Los Pinochistas cuyos trabajos se publiquen en esta sección tendrán derecho a pedirnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.



Pinocho y Pirula.
EUSEBIO DÍAZ.
Once años. Barcelona.



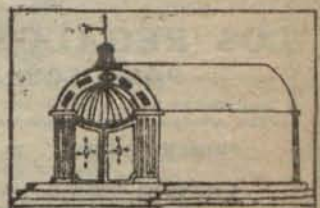
Mi casa.
FERNANDO RODRÍGUEZ.
Nueve años.



Un puente.
FERNANDO CÁDIZ.
Doce años. La Coruña.



Cañero.
E. MIURA.
Once años. Sevilla.



El palacio del príncipe de Viana.
MANUEL ESPINA.
Trece años. San Sebastián.

A MIS COLABORADORES

Queridos amiguitos: Pongo en vuestro conocimiento que las votaciones que veníais haciendo mensualmente de los trabajos publicados en esta sección, quedan suprimidas. A partir de este número adjudicaremos los premios aquí, en la redacción, y para ello me ayudarán Pirula y Morronguis que, dicho entre nosotros, es un gato muy justiciero. A Anita no la hemos invitado porque, como tiene tan buen corazón, quería dar premios a todos, y eso no puede ser, y bastante lo siento.

PINOCHO

Regalos a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

Nuevos regalos a los suscritores de Pinocho.

Desde este mes de Febrero sortearemos CADA MES, entre nuestros suscritores, los cinco premios siguientes:

Primero.	25	pesetas en efectivo.
Segundo.	15	— en libros de CUENTOS DE CALLEJA.
Tercero.	10	— — — — —
Cuarto.	5	— — — — —
Quinto.	3	— — — — —

Los nombres de los suscritores favorecidos con los premios de Febrero se publicarán en el número próximo.

Para retirar los premios será necesario escribir al Director de PINOCHO (Apartado 447-Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del Pinochista premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

CORRESPONDENCIA

Mario F. Mazas. (Orease).—Mi queridísimo Mario: Acabo de recibir tus dos extraordinarios dibujos, los cuales me llenan de profunda y honda satisfacción. Decididamente eres un dibujante, un gran dibujante, un maestro. Paco Morronguis hubo de sentarse en el suelo para contemplar bien detenidamente tu hermosísima marina, donde caminan dos veleros insuperables. Yo, por mi parte, he quedado encantado al ver las dos fachadas que muestras de mi palacio. Eres un dibujante, vuelvo a repetirte, y de los mejores.

¡Animo, Mario! Remíteme cuantas cosas quieras. Tienes abiertas las puertas de PINOCHO, en cuya redacción has obtenido el éxito más grande que registra la historia. Están a tu disposición, desde este momento, D. Turulato y Currinche, Anita y Pirula, Potipán y Cañamón, Colorín y su pandilla, y yo, Mario, y yo, el gran Pinocho.

Te felicito y te abrazo cariñosamente, fuertemente. ¡Adiós!
María del Carmen y Angeles Méndez. (Dorrón, Pontevedra).—Mis queridísimas Pinochistas y Pirulinas: Acabo de recibir la carta de María del Carmen, carta que me llena de profunda alegría. Primero, por María del Carmen, pues esta carta me demuestra hasta dónde llega el talento y la gracia de una tan original Pirulina. Después, claro está, por mí, ya que los elogios que me prodigan son, sin duda, para envanecerme.

Los cuatro dibujos me han gustado muchísimo. Si los de Angeles son magníficos, los de María del Carmen son insuperables, verdaderas maravillas. Espero, además de estos dibujos, los cuentos que se me han prometido, los cuales —que no deben pasar de 40 líneas— serán excelentes y deliciosos.

Recibid el cariño de Paco Morronguis, D. Turulato y Currinche, Cañamón y Potipán, y un fuerte abrazo de Anita y Pirula, y otro mío, no menos fuerte. ¡Ah me olvidaba! Desde hoy recibirás los números a su tiempo. No es culpa mía ni del correo. ¡De Chapete! Pero ya lo he arreglado. No faltaba más!

LOS REGALOS DE FEBRERO PARA LOS SUSCRITORES

Sorteados los premios de este mes entre los suscritores de PINOCHO, les han correspondido a los siguientes:

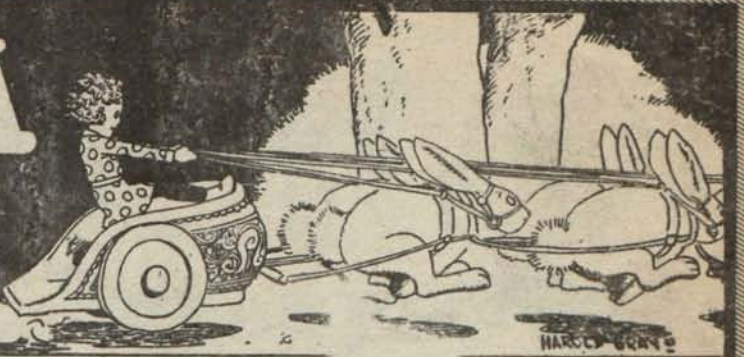
- PRIMER PREMIO. 25 PESETAS EN METALICO.**
GONZALO AMAIZ.—Madrid.
- SEGUNDO PREMIO. 15 PESETAS EN LIBROS.**
LUIS MARTINEZ.—Bóveda (Alava).
- Tercer premio. 10 pesetas en libros.**
JOAQUÍN LEÓN DEL PINO.—Málaga.
- Cuarto premio. 5 pesetas en libros.**
ANIBAL GONZÁLEZ.—Sevilla.
- Quinto premio. 3 pesetas en libros.**
MANUEL GUERRERO.—Madrid.

Para retirar los premios puede hacerse una de estas dos cosas: 1.º Presentarse en la Administración de PINOCHO (calle de Valencia, 28, Madrid) con el recibo de suscripción. 2.º Escribir al Director de PINOCHO diciendo el número del recibo de suscripción (no hace falta enviar el recibo) y dónde se ha de enviar el premio, y si son libros, cuáles son los que desea el Pinochista suscriptor favorecido; los puede elegir a su gusto entre todos los publicados por la Editorial Saturnino Calleja, dentro, naturalmente, del importe del premio correspondiente. Y los recibirá en su casa, gratis, y sin gasto ninguno.

Acordaos de que para retirar los premios es indispensable que presentéis (o enviéis en vuestra carta) un retrato vuestro, que se publicará en PINOCHO.

PiNoCHO	
CUPÓN DE CONCURSOS	
DEL NUM. 53	El Pinochista D.
de años, y cuyas señas son remite	
un trabajo para el Concurso de (1). Fecha (Si es suscriptor, poner el núm.)	
(1) Indicar el que sea. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.—Concursos PINOCHO. Apartado 447.—Madrid.	

ANITA BUEN- CORAZON





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Almohadón. al hilo, más o menos ancha, según si queréis rellenar el almohadón más o menos, a fin de que quede más o menos plano.

todas las ventajas el gran Pinocho; hasta la de tener el tipo más inconfundiblemente característico que darse pueda.

Si llega a dedicarse a actor de cine —a lo mejor le da por impresionar una película el día menos pensado—, hubiera tenido un éxito extraordinario, porque ¡cuidado que es *fotogénico*!

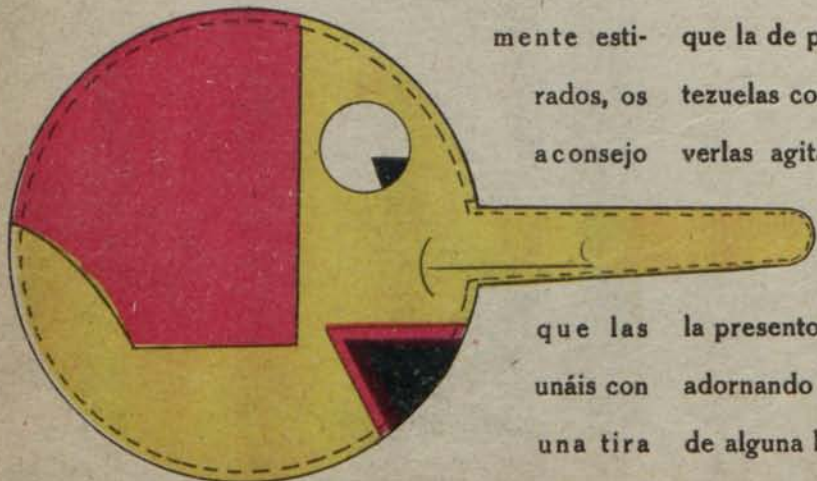
Por eso, además de por su fama y prodigiosa popularidad, se le ha reproducido tantas veces en muñecos y disfraces de Carnaval.

Y por eso también, además de por nuestra consideración de todos hacia el glorioso director de esta Revista, le tomo yo con tanta frecuencia de modelo para mis labores.

Esta de hoy será una vez más, y creo que de las que estoy yo acertada, por la gran facilidad con que podréis reproducir el adjunto dibujo, con unas telas —bayeta o paño; mejor aún, gamuza— recortadas y pegadas sobre un fondo amarillo.

Si lo utilizáis para hacer un almohadón, tendrá, naturalmente, los dos lados idénticos; para que que-

den perfectamente estirados, os aconsejo



que las unáis con una tira

Mariposa a punto de cruz.

Ya llega la primavera, anunciadora del verano, con su cortejo de alegrías; vacaciones ¡juyl, ¿seré distraí-



da?, las vacaciones para los niños aplicados como nosotros no constituyen una alegría, sino una pena; como que el no trabajar es el principal nubarrón de los meses veraniegos, ¿verdad?), estancia en la sierra o en la playa, baños de mar o excursiones, juegos al aire libre y... caza de mariposas.

Es la más bonita de todas las cacerías, la más graciosa, y la única que no es cruel, cuando la practican niños de buen corazón que no persiguen más finalidad que la de probar su destreza, cogiendo las lindas bes-tezuelas con la red... para luego soltarlas de nuevo y verlas agitar alegremente bajo el sol sus alas multi-colores. Como veis, yo ya cazé una; es roja, amarilla, verde y azul, y os

la presento para que la reproduzcáis a punto de cruz, adornando con ella el bolsillo, el cuello o el canesú de alguna blusita o delantal.